

JUAN GÓMEZ-JURADO BÁRBARA MONTES

AMANDA BLACK

EL TEMPLO OLVIDADO



B DE BLOK

BÁRBARA MONTES
JUAN GÓMEZ-JURADO

AMANDA BLACK

EL TEMPLO OLVIDADO

Ilustraciones de **David G. Forés**

B DE BLOK

*Bárbara y Juan quieren dedicar este libro
a Henar y Marina*

Personajes

Amanda Black: vive con su tía Paula desde que sus padres desaparecieron al poco tiempo de nacer ella. Ahora, con trece años, ha descubierto la verdad sobre sus orígenes: es la heredera de un antiguo culto dedicado a la diosa egipcia Maat, cuya misión es encontrar y robar objetos mágicos (y no tan mágicos) que, en malas manos, podrían ser peligrosos para la supervivencia de la humanidad. Además, tiene que lidiar con los típicos problemas de una adolescente, que no son pocos, y entrenar a diario para que los poderes que empezaron a manifestarse el día que cumplió trece años puedan desarrollarse hasta su máximo potencial.



Tía Paula: es la tía abuela de Amanda, además de su tutora y exigente entrenadora. Nadie sabe la edad que tiene, ya que aparenta entre treinta y cinco y cincuenta y cinco años. Afirma que ya no está en forma; sin embargo, Amanda cree que eso no es del todo cierto: ha visto a su tía hacer auténticas proezas durante los entrenamientos a los que la somete a diario.

Paula haría cualquier cosa por Amanda, y lo que más le preocupa es mantener a la joven a salvo de todos los peligros que suponen la herencia que ha recibido al cumplir trece años.



Eric: es el mejor amigo de Amanda. No sólo van juntos al mismo instituto, además, Eric la acompaña allá donde la lleven sus

misiones. Es un auténtico genio de los ordenadores y puede piratear cualquier red. Antes de conocer a Amanda era un chico solitario con el que todos se metían, ahora ha ganado confianza y nada se interpone en su camino... Algo normal cuando te enfrentas continuamente a peligros que podrían costarte la vida. Sus tres personas favoritas del mundo son su madre, Amanda y Esme, de quien, además, está superenamorado.



Benson: es el misterioso mayordomo de la familia Black. Parece adivinar los deseos y necesidades de Amanda antes de que ésta abra la boca. Aparece y desaparece sin que se den cuenta y parece llevar en la Mansión Black más tiempo del que sería natural: Amanda descubrió una fotografía muy antigua en la que aparecía Benson y... ¡estaba igual que ahora!

Se encarga de todo el equipo necesario para las misiones de Amanda y Eric y es el inventor de los artilugios más sofisticados.

También sabe pilotar los automóviles, aviones y helicópteros que se guardan en el taller de la Mansión Black y está enseñando a Amanda y a Eric a manejarlos. Para Amanda y la tía Paula, Benson es un miembro más de la familia, y así se lo han hecho saber en numerosas ocasiones.



Esme: va al instituto con Amanda y Eric, y, de hecho, los tres son inseparables. Conoce la herencia de Amanda y siempre está dispuesta a echarle una mano cuando su amiga lo necesita. Le encantaría acompañarla en sus misiones y cuenta con que algún día se lo pida, pero mientras tanto, se alegra de tenerla como amiga y estar siempre al tanto de sus últimas aventuras. Hace poco comenzó a salir con Eric y ambos están muy enamorados. A los dos les encanta pasar tiempo con Amanda, pero ésta siempre está buscando la manera de conseguir que Esme y Eric pasen tiempo a solas.



Lord Thomas Thomsing: lord inglés perteneciente a una familia que, en la Antigüedad, fue una poderosa aliada de los Black. Tras la utilización por parte de uno de sus antepasados de un amuleto mágico (con consecuencias desastrosas), la familia del lord fue expulsada del culto a la diosa Maat. Ahora, tras demostrar lord Thomas su fidelidad y su valor, los Thomsing han recuperado su lugar junto a la familia de Amanda, de lo cual, la tía Paula se alegra mucho (muchísimo).



Lugares

Mansión Black: el hogar de los Black desde hace cientos de años. Amanda recibió la mansión y todo su contenido como herencia al cumplir trece años. Si bien su exterior está bien conservado, el interior es otra cosa. Han podido habilitar algunas de las habitaciones para su uso diario, pero la gran mayoría todavía está en un estado cochambroso y casi ruinoso. Poco a poco, la tía Paula, Benson y Amanda van trabajando para devolverle todo su esplendor. Lo malo es que, a pesar de tener la fortuna que heredó la joven, no pueden usarla para hacer obras porque temen que alguien pueda descubrir los secretos que se guardan en su interior. La Mansión

Black tiene pasadizos ocultos, habitaciones que aparecen y desaparecen y muchas cosas que Amanda todavía no ha descubierto.



El taller: así es como llaman al sótano de la Mansión Black y es donde se preparan todas las misiones de Amanda y de Eric. Dentro del taller se esconde la Galería de los Secretos, en la que se conservan los objetos robados en cada misión (de la cual mientras sigan siendo peligrosos no volverán a salir). Además, cuenta con los ordenadores más potentes; un hangar, en el que se guardan las aeronaves (algunas supersónicas) que necesitan para desplazarse por todo el mundo en tiempo récord; un enorme vestidor con todos los trajes necesarios, desde ropa de escalada a vestidos de fiesta; una biblioteca; una zona de estudio, y parte del circuito de entrenamiento que Amanda tiene que hacer a diario (la otra parte está en los jardines de la Mansión Black, si bien, en la actualidad, es bastante generoso llamarlos «jardines»).





Y POR «SACAR DE LA CIRCULACIÓN»
ME REFIERO A ROBAR.



POR CIERTO, MIS PADRES
DESAPARECIERON POCO
DESPUÉS DE QUE NACIERA
Y ME HE CRIADO CON MI
TÍA ABUELA PAULA.



LA TÍA PAULA ME ENTRENA PARA DESARROLLAR
AL MÁXIMO MIS HABILIDADES Y PODER LLEVAR
A CABO TODAS LAS MISIONES CON ÉXITO.

TAMBIÉN CUENTO CON LA AYUDA
DE BENSON, NUESTRO PECILIAR
MAYORDOMO, Y LA DE ERIC, MI
MEJOR AMIGO, UN GENIO DE LOS
ORDENADORES Y DE LA TECNOLOGÍA
EN GENERAL.



ME LLAMO

**AMANDA
BLACK**



Y ÉSTA ES MI HISTORIA.

Prólogo

Tengo que encontrar a Eric. Necesito saber qué ha sido de él y, si ha sucedido lo peor, tengo que llevarlo de vuelta a casa. No puedo dejarlo aquí. De todos modos, todavía tengo esperanzas de encontrarlo con vida... Al fin y al cabo, llevaba puesto el paracaídas cuando ha sucedido todo.

Aún con Eric en mi cabeza, no puedo perder de vista la misión, ya que, si los hombres de Dagon han venido a buscar el espíritu Ubu, la humanidad estará perdida.

Sí, necesito concentrarme.

Desciendo despacio, con mucho cuidado. En cuanto puedo, salto a las ramas del árbol más cercano y después a las del siguiente y el siguiente, alejándome cada vez más del lugar del accidente. Si los hombres de Dagon están en esta zona y han escuchado algo, se acercarán para averiguar qué ha ocurrido. No tengo pruebas, pero tampoco dudas.

Es mejor poner algo de tierra de por medio y ser yo la que los vigile a ellos y no al contrario.

Cuando considero que ya estoy a suficiente distancia, salto al suelo y espero agazapada junto al tronco hasta que mis oídos se acostumbran a los sonidos de la jungla.

A continuación, miro a mi alrededor, acostumbrándome también a los colores y las formas del entorno. Todo es verde. Apenas unos pocos rayos de sol logran atravesar la bóveda de ramas y vegetación y, los que lo consiguen, tan sólo dan para formar pequeños charcos dorados en el lecho de hojas, musgo, raíces y tierra. Todo está cubierto por una pátina de esta leve luz, perezosa y neblinosa,

dándole al lugar el aspecto que siempre he imaginado que tienen los bosques de los cuentos de hadas.

Es, a la vez, hermoso y tétrico.

Acostumbrarme al clima va a ser más complicado, ya que la humedad es terrible. Y yo odio la humedad. No sólo porque me hace sudar, sino porque mi pelo empieza a hacer de las suyas.

Me llevo una mano al cabello y lo palpo.

Lo noto áspero y encrespado bajo mis dedos.

Lo que yo decía: odio la humedad.

Doy gracias por no tener un espejo, me juego todo lo que tengo a que mi aspecto es muy parecido al de un caniche después de una mala noche.

Tras asegurarme de que me encuentro sola en este lugar, comienzo a acercarme al sitio en el que está mi avión; tal vez pueda rescatar algo más de equipo o comunicarme con Benson utilizando la radio. A pesar de que dudo de que eso vaya a dar ningún resultado, por probar tampoco pierdo nada.

Camino por la jungla en dirección a los restos de la aeronave, atenta a los sonidos que me llegan, preparada para esconderme al menor indicio de problemas. Estoy herida y agotada y una pelea contra un animal salvaje, o contra un grupo de mercenarios, es lo último que necesito. Por suerte, llego a mi destino sin problemas y en pocos minutos.

Rodeo el desastre en el que ha quedado convertido mi avión buscando un punto por el que poder entrar, hasta que veo una ventana por donde colarme. No queda ni rastro de vidrio en ella, así que no me volveré a cortar, cosa que me apetece entre poco y nada.

Una vez en el interior, me dirijo a la consola de mandos y trato de hacer funcionar la radio.

—Aquí nave B Camaleón —digo al micro después de pulsar varios botones y ponerme los auriculares—. Aquí nave B Camaleón. ¿Me escuchas, Benson? Cambio.

No recibo ni estática.

Hago otro intento, más que nada por no quedarme con la duda, pero el resultado es el mismo: la nada más absoluta. Un silencio que me explota en los oídos.

Estoy sola en medio de la selva.

Y, además, esta radio está más muerta que los habitantes del mausoleo que tenemos los Black en el cementerio de nuestra ciudad.

Me quito los cascos y miro a mi alrededor buscando algo que poder salvar de entre este caos.

Encuentro varias botellas de agua, bolsas de frutos secos, una manta térmica de supervivencia, un estuche pequeño que resulta ser un botiquín... y poco más. Guardo el botín en la mochila y me dispongo a salir del avión por donde he entrado.

Me sujeto a un saliente y me impulso con los pies por delante, atravieso la ventana y caigo al otro lado flexionando las rodillas para no hacerme daño en las piernas.

Cuando comienzo a ponerme en pie, la punta de una lanza frente a mi cara me lo impide.

1

Lord Thomsing se presentó en casa el jueves por la tarde. La tía Paula y yo nos encontrábamos entrenando, como es habitual cualquier día entre semana a esas horas. En esta ocasión, en el circuito del jardín, ya que el tiempo soleado invitaba a ello.

Yo estaba encaramada a las ramas de uno de los robles centenarios que había en los terrenos de la Mansión Black, buscando la manera de saltar a otro árbol situado unos metros más allá, cuando escuché a la tía Paula llamarme.

—Amanda, cariño, baja —pidió mirándome desde la base del tronco. Cómo había llegado hasta el árbol sin que yo me diese cuenta era todo un misterio para mí, pero ahí estaba—. Thomas necesita hablar contigo.

Obedecí pensando de nuevo en que mi tía estaba en mejor forma de lo que siempre afirmaba. Solía quejarse de que estaba muy oxidada, de que estaba perdiendo sus poderes Black o de que ya era muy mayor como para utilizarlos, pero ahí estaba, se había acercado hasta mí sin que yo me enterase.

De haber sido un enemigo, yo habría estado en problemas.

Menos mal que no lo era.

Al contrario.

Con casi total seguridad, mi tía era la persona que más se preocupaba por mí en todo el mundo... Seguida muy de cerca por Benson y por Eric.

Caminamos juntas en dirección a la casa mientras repasábamos el entrenamiento que acabábamos de hacer. Lord Thomas nos esperaba junto a la puerta que daba a los jardines y se lo veía inquieto. Llevaba colgada del hombro derecho una bandolera

grande, rectangular, hecha con cuero marrón oscuro que parecía tan desgastado como resistente. En la parte delantera, lucía dos bolsillos amplios y abolsados por el paso del tiempo cuya parte superior quedaba parcialmente cubierta por la solapa, que se abrochaba entre ambos bolsillos con una hebilla plateada. Nunca le había visto aquella bolsa, pero parecía ser una vieja amiga del aventurero; debía de llevar con él mucho tiempo.



Entramos y fuimos a la salita, donde Benson nos esperaba ya con una merienda a base de té helado para los adultos, un batido de frutas para mí y sándwiches para todos.

—¿Cómo sabías qué veníamos? El entrenamiento ha acabado mucho antes de lo previsto... —le pregunté al mayordomo.

—¿Todavía se extraña, querida niña? —replicó él con una sonrisa benévola.

—Siempre me extrañará, Benson, siempre —afirmé alzando las cejas en un gesto de incredulidad.

Nos acomodamos los cuatro en los sofás que presidían la estancia.

Yo me senté en uno junto al mayordomo y, en otro, mi tía con lord Thomas, quien, en cuanto las bebidas estuvieron servidas, comenzó a hablar:

—No sé si últimamente has sabido algo de Irma Dagon —dijo el hombre mirándome.

Irma, una de las empresarias más poderosas de la ciudad y antigua amiga de mi madre. Algo debió de suceder entre ellas, algo que causó la muerte de los padres de Irma, pero todavía no sé los detalles de todo aquel asunto. La mujer había querido dar con mi madre y me había utilizado para ello, por lo que yo la había tomado por una enemiga; sin embargo, si sigo viva es gracias a ella, ya que me salvó cuando mi propia madre me había dejado colgando de un precipicio a punto de morir.

—Hace bastante que no hablo con ella... Tenemos una especie de pacto. Desde que me salvó la vida en Nepal, he dejado de considerarla una enemiga... Aunque tampoco la considero mi amiga, claro.

—Entiendo —murmuró lord Thomas más para sí mismo que para nosotros—. Pues se ha puesto en marcha —continuó.

—¿En marcha? —quise saber—. ¿Cómo que en marcha? ¿En marcha hacia dónde?

—Más que ella, sus hombres —aclaró él—. He sabido que mañana por la mañana partirá una expedición en dirección a la selva del Congo... Y, o mucho me equivoco, o sé exactamente qué van a buscar allí... Y os aseguro que no queremos que lo encuentren.

—¿De qué se trata, querido? —preguntó interesada la tía Paula. O mucho me equivocaba o mi tía nunca había visto a lord Thomas tan preocupado. Y, ya que nos poníamos, yo tampoco.

—El espíritu Ubu —al decirlo bajó la voz, como si sólo pronunciar su nombre fuese un acto extremadamente peligroso.

Benson, mi tía y yo clavamos los ojos en él sin abrir la boca, esperando a que continuase, lo que todavía le llevó algunos instantes.

—Mi familia lo descubrió hará doscientos años —explicó—, pero el espíritu estaba protegido... O, mejor dicho, encerrado sin posibilidad de escaparse, por lo que lo dejamos estar. Dos tribus, los *mokomboso* y los hombres leopardo, vigilan el templo en el que está retenido dicho espíritu, es su deber sagrado. Eso contaron a mis ancestros cuando consiguieron atrapar al Ubu, fueron designados protectores del templo por los constructores y por el antiguo rey del país, pero temo que los hombres de Dagon puedan superarlos sólo con el poder de las armas de fuego que planean llevar.

—Permítame una pregunta —interrumpió Benson—. ¿Para qué querrían los hombres de Dagon ese espíritu?

—Se dice que el espíritu Ubu concede poder y riquezas ilimitadas a aquél que lo posea —suspiró lord Thomas—, pero eso no es cierto. —Sacudió la cabeza, apesadumbrado—. La última vez que estuvo libre, murieron miles y miles de personas, no sólo en el Congo, sino también en los países cercanos: Sudán, Angola, Zambia... Tenéis que entender que el Ubu se alimenta de vida y, para lograrlo, se disfraza de guerra, de plaga, de catástrofe natural... de lo que haga falta. Sólo busca vidas humanas y, para ello, si tiene que mentir y prometer poder y riquezas, lo hace. No se debe prestar oído a sus mentiras, porque el único resultado que obtendrá el que las escuche es la muerte... E imaginad lo que sucedería si la gente de Dagon se hace con él y consiguiesen traerlo a esta ciudad. Eso sería catastrófico.

—Hay algo que no entiendo, lord Thomas —comencé—. Dice que su familia lo descubrió hará doscientos años... Pero, si no recuerdo mal, en esa época, su familia, los Thomsing, no pertenecían al culto de la diosa Maat. Fueron expulsados en la Edad Media... ¿Qué interés tenía su familia en ese espíritu?

—¡Ay, mi querida niña! —exclamó con una sonrisa—. Que fuésemos expulsados del culto no quiere decir que nos estuviésemos

quietecitos en nuestra casa. Los Thomsing somos aventureros y exploradores desde hace siglos y, cada vez que hemos encontrado algún objeto... digamos que, con cierto riesgo, hemos tenido nuestras maneras de protegerlo.

—Eso es cierto —confirmó Benson—. En más de una ocasión sus antecesores contactaron con los Black para ponerles sobre aviso cuando daban con un artefacto peligroso.

—Y en el caso del espíritu Ubu, ¿por qué no nos lo comunicaron? —quiso saber la tía Paula—. Nunca había escuchado hablar de él.

—Nos pareció que tanto los *mokomboso* como los hombres leopardo estaban más que preparados para hacerse cargo de su vigilancia, como llevan haciendo desde hace cientos de años. Sin embargo, en esta ocasión...

—Alguien que posee armas de fuego va a ir a buscarlo... —terminé por él.

—Exacto —replicó con una mueca de preocupación en los labios—. Puede que esta vez las tribus responsables de su protección no sean capaces de evitar que sea liberado... Paula, Amanda, sólo os pido que comprobéis si es eso lo que buscan... y, si lo es, que evitéis que lo liberen. Las consecuencias podrían ser desastrosas.

—Pero ¿estamos seguros de que van a buscar al espíritu? —quiso saber mi tía.

—Estoy todo lo seguro que puedo estar, pero viendo su plan de vuelo y el equipo que llevan... —Sacudió la cabeza—. No tengo muchas dudas. Han buscado el aeródromo más cercano a la zona de la selva del Congo en la que se encuentra el Ubu. Nadie se ha atrevido a poner un pie en ella todavía, permanece inexplorada... Todas las expediciones que lo intentaron desaparecieron sin dejar rastro... Excepto la de los Thomsing, por supuesto. Sólo mis antepasados consiguieron regresar con vida de allí.

—Pero ¿cómo han sabido dónde encontrarlo? —pregunté.

El hombre abrió la bolsa que había traído colgada al hombro y que ahora se encontraba en el suelo, junto a sus pies. Se hizo con unas fotografías que había en su interior y las dejó sobre la mesa. En ellas se veía una masa verde, informe, densa. Las fue pasando una a una hasta llegar a la última, en la que, además de la masa verde,

informe y densa, se veía un cuadrado marrón rojizo, diminuto, apenas visible entre tanto verdor. Detrás de aquel cuadrado, se alzaba lo que parecía una pared vertical, una elevación del terreno, del mismo color que el cuadrado.

—¿Qué es eso? —pregunté señalando la pequeña forma.

—Eso, querida niña, es el templo en el que se encuentra preso el Ubu —dijo lord Thomsing—. Dagon debe de llevar años buscándolo si han montado toda una expedición sólo a partir de estas fotografías.

—¿Y de dónde las has sacado usted?

—Del mismo sitio que ellos: son de dominio público —suspiró el hombre—. Esto iba a suceder tarde o temprano. Yo ya he dado aviso a los hombres leopardo de que la gente de Dagon se dirige hacia allá y les he pedido que refuercen la vigilancia, pero si han ido a buscar al Ubu, creo que necesitarán tu ayuda.

—¿Qué opinas, Amanda? —preguntó mi tía mirándome—. ¿Crees que los Black debemos involucrarnos?

Medité durante unos instantes. Por un lado, no teníamos mucha información ni sobre el espíritu Ubu ni sobre lo que en realidad habían ido a hacer los hombres de Dagon al Congo. Por otro, no podía pasar por alto algo así. Si buscaban al Ubu, tal y como sospechaba lord Thomsing, era demasiado peligroso permitir que lo encontrasen y lo liberasen. No. No podíamos ni debíamos permitirles que se saliesen con la suya.

—Creo que no podemos arriesgarnos. Tendremos que ir al Congo y averiguar qué buscan los hombres de Dagon... ¿Dice que mañana salen hacia allá? —pregunté a lord Thomas.

—Sí, por lo que he sabido, viajarán unos cincuenta hombres, todos entrenados y armados hasta los dientes. Utilizarán un avión de carga privado propiedad de Dagon Corp.

—¿Cómo has conseguido averiguar todo eso, Thomas? —lo interrumpió la tía Paula con admiración.

—Bueno, ya sabes, querida, los Thomsing tenemos nuestros métodos —dijo él con un gesto satisfecho atusándose su enorme bigote—. Y menos mal que los tenemos porque, si han ido en busca

del espíritu Ubu, sólo nosotros podemos impedirles que desaten todo su poder.

—Intervendremos sólo si es necesario... Si están allí por cualquier otro asunto, uno que no tenga que ver con nada peligroso para la humanidad, nos daremos media vuelta —aseguré—. Prefiero no meter la nariz en los asuntos de Irma... No ahora que parece que tenemos una especie de tregua entre nosotras.

—Me parece bien —dijo lord Thomsing—. Pero prométeme que, si están allí por el Ubu, lo traerás aquí y lo mantendremos preso en la Galería de los Secretos.

La Galería de los Secretos se encuentra en el sótano de la Mansión Black, en el lugar al que denominamos «el taller», que es donde están todos los ordenadores, trajes y medios de transporte que utilizamos en nuestras misiones. La galería está protegida por una puerta infranqueable —a no ser que poseas la llave que la abre— y, en su interior, guardados en cámaras individuales igual de infranqueables que la puerta principal, se conservan todos los objetos que los Black hemos sacado de la circulación a lo largo de los siglos. Nada de lo que entra en ella vuelve a salir... O, mejor dicho, casi nada, porque todavía recuerdo la que tuvimos que liar para recuperar cierto amuleto que había pertenecido a los Thomsing.

—No se preocupe. Si ése es el caso, me ocuparé de que nunca puedan liberarlo —acepté—. Necesitaré que me cuente en detalle todo lo que sabe —continué—, no sólo sobre el espíritu Ubu y su localización, sino también sobre las tribus que lo protegen.

El hombre volvió a meter la mano en la bolsa, que seguía en el suelo, y extrajo una carpeta de cartón grueso, ajado por el paso de los años, cerrada con una goma negra que impedía que los papeles del interior se desparramasen por todas partes. Dio un par de palmadas en la superficie plana del dossier.

—Aquí encontrarás la información que tengo sobre las tribus y sobre el espíritu —dijo a la vez que me tendía la carpeta—. Todos los datos que los Thomsing hemos podido reunir sobre este tema a lo largo de los años. Todo. Esto también te hará falta. —Introdujo la mano en el bolsillo de su chaqueta y me dio un lápiz de memoria USB—. Algunos de los documentos eran demasiado antiguos y

frágiles: los he escaneado y he hecho una transcripción de ellos para que la lectura te resulte más rápida.

—Tendré que estudiar estos papeles esta noche... —suspiré mirando el archivo—. Y, Benson, por tu parte necesitaré...

—El señorito Eric ya está avisado —replicó él sin permitirme terminar la frase—. Viene de camino. Y me encargaré de prepararlo todo para que puedan partir mañana después de clase. Sólo llegarán un poco después que los hombres de Dagon. Al ser sólo dos, avanzarán mucho más rápido que ellos.

Asentí satisfecha ante la velocidad de reacción de Benson: antes de que se lo pidiese, ya había organizado la recogida de mi amigo y había comenzado a pensar en el equipo que necesitaríamos durante nuestro viaje a la selva del Congo. Estaba claro que era el mejor y me alegraba muchísimo de tenerlo conmigo.

Me despedí de los adultos y me dirigí al taller.

O mi velocidad de lectura había mejorado sin que yo me diese cuenta o aquella noche no podría dormir mucho.

2

—**N**o, es al revés, Eric —insistí—. Los hombres leopardo se encuentran en el círculo exterior, los *mokomboso* son los últimos antes del templo.

—¡Qué fuerte! —replicó mi amigo con una carcajada—. ¡Es justo al contrario! Los *mokomboso* y después los hombres leopardo ¿No te lo vas a aprender nunca?

Volví a leer la página del dossier en la que se explicaba y que llevábamos ya varias horas estudiando. Cuando levanté la vista para mirar de nuevo a mi amigo, sentí que el color me trepaba por las mejillas.

—Tienes razón —refunfuñé—. No sé por qué, pero me está costando muchísimo aprendérmelo.

Eric comenzó a recitar:

—«Quien quiera llegar hasta el templo tendrá que superar primero a los *mokomboso* y, a continuación, a los hombres leopardo. Si lo lograra, tendrá que enfrentarse al enemigo más temible de todos: el propio templo».

—Ya... Ya, ya lo sé, pero no me lo aprendo. No sé por qué, me está costando muchísimo... Nunca había escuchado hablar de estas tribus.

—Bueno, no te preocupes —dijo mi amigo encogiéndose de hombros—. Yo estaré en la base y podré comunicarme contigo en todo momento... Si se te olvida, ya me encargaré de recordártelo.

—Vale, ¿qué más sabemos de las tribus?

—Los hombres leopardo pueden convertirse en eso, en leopardos —leyó Eric—. Leopardos de verdad... ¡Qué fuerte! Aquí pone algo que no se entiende y, a continuación, que es necesaria una poción

que sólo ellos conocen para lograr la transformación y que ésta sólo debe durar entre veinticuatro y cuarenta y ocho horas. Después, el leopardo ha de bañarse bajo la piedra de la luna o continuará como leopardo para siempre. Por lo visto, es una tribu muy antigua, nadie conoce su origen... Ni se sabe cómo empezaron a transformarse en leopardos.

—De los *mokomboso* no hay mucha información, ¿no? Sólo he encontrado que no se llevan bien con los hombres leopardo...

—Sí, es lo único que pone en los documentos de lord Thomsing —confirmó Eric—. Eso y que ambas tribus no han tenido apenas contacto con otros seres humanos en toda su historia. He buscado más datos sobre ellos en nuestros archivos y en internet, pero no he encontrado nada. Y cuando digo nada, no estoy exagerando, es ¡NADA! —dijo enfatizando mucho la palabra—. Son un misterio.

—Bueno. —Me encogí de hombros—. No me quedará más remedio que descubrirlo sobre la marcha. No podemos retrasar la salida o los hombres de Dagon nos sacarán demasiada ventaja. Mañana después de clase, tú y yo nos vamos al Congo.

Al día siguiente, cuando Eric y yo regresamos del instituto, Benson ya lo tenía todo preparado: avión, equipos, comunicaciones. Todo. Sólo faltaba meterlo en la aeronave que utilizaríamos para llegar a nuestro destino. En aquella ocasión, viajaríamos en una de las más pequeñas, pero también de las más manejables y de las mejor equipadas. En el frente se encontraba el cuadro de mandos del piloto y dos asientos, uno para el piloto y otro para el copiloto, si bien no hacía falta copiloto para manejarla y, detrás de ellos, una consola que recorría casi todo el lateral de la nave en la que se encontraban los ordenadores con sus pantallas y el escáner. Eric solía utilizar todos aquellos ordenadores para ir recopilando información sobre el área en la que nos moveríamos durante la misión... O para jugar a videojuegos, lo que más le apeteciese.

En el otro lateral se situaban la puerta de acceso, el botiquín y, a continuación, tres butacas amplias y de aspecto cómodo colocadas en fila india.

Tras varias horas de vuelo, aterrizaríamos en un área cercana al aeródromo en el que lo habían hecho los hombres de Dagon. No queríamos que nadie supiese que estábamos allí, por lo que habíamos elegido una zona deshabitada, no muy alejada de los lindes de la selva.

Una vez en tierra, conectaríamos el camuflaje y Eric permanecería en el interior del avión guiándome a través de la jungla hasta mi destino, para lo cual yo debía atravesar las tierras de los *mokomboso* y las de los hombres leopardo. Habíamos decidido que, por seguridad, la mía para ser exactos, lord Thomas contactaría con los segundos y les haría saber que yo iba de camino.

Una vez superados los territorios de ambas tribus, tendría que avanzar durante varios kilómetros por una franja boscosa inexplorada hasta alcanzar el templo en el que se encontraba preso el espíritu Ubu.

A mí lo de que esa selva estuviese inexplorada, pero aun así hubiese un templo en ella, me hacía pensar que lo que en realidad pasaba era que no había sido explorada por el hombre occidental, pero los lugareños debían de conocerla bastante bien, puesto que hasta habían construido una cárcel allí... porque, no me engañaba, aquel templo secreto era una cárcel, una prisiónalzada con el único propósito de contener entre sus paredes a un espíritu terrible, hambriento de sangre y vidas humanas... Y, por lo que parecía, lo habían conseguido, al menos durante los últimos siglos, ya que el Ubu llevaba cientos de años sin hacer de las suyas.

Hasta ahora.

—Recuerde, Amanda —comenzó Benson cuando terminábamos de cargar nuestro avión con el equipo—. No haga nada hasta confirmar que los hombres de Dagon han ido a buscar al espíritu. Si el objetivo es otro, no intervenga.

—No lo haré, no te preocupes. Nada más lejos de mi intención que meter la pata con un ser tan peligroso.

—Y, usted, Eric —dijo volviéndose para mirar a mi amigo, que tecleaba algo en su dispositivo—. Cuídela bien, no permita que haga tonterías... Y tenga cuidado también, esas tribus son muy peligrosas.

—¡Qué fuerte! —rio Eric—. ¿Cuándo no he tenido yo cuidado?

—Lo sé, lo sé, joven Eric, es sólo que... No sé, tengo un mal presentimiento —confesó por fin el mayordomo.

—¿A qué te refieres? —pregunté.

El hombre se quedó pensativo unos instantes antes de contestar.

—No lo sé —dijo por fin—. Tengo una sensación extraña desde ayer... Como si algo estuviese fuera de lugar... Si cuando aterricen no las tienen todas consigo, no se separen. Vayan juntos. Tengo la impresión de que en esta misión van a necesitar estar muy unidos.

Eric y yo asentimos en silencio.

Las palabras de Benson nos habían descolocado a ambos. No esperábamos algo así de él. No era habitual en su modo de actuar.

De cualquier modo, lo conocíamos demasiado bien como para desechar su consejo sin más. Si el mayordomo decía que debíamos estar unidos, tal vezuviésemos que darle una segunda vuelta a todo el plan en el que llevábamos trabajando desde el día anterior. No obstante, podríamos tomar una decisión definitiva sobre cómo llevar a cabo la misión una vez que aterrizásemos en el Congo.



Poco después, nos cambiamos las ropas que habíamos llevado al instituto aquel día por sendos monos hechos con la tela Black, creada por Benson. Además de estar confeccionados a medida —y ser negros, como casi toda la ropa que utilizábamos en nuestras misiones—, estaban hechos de una sola pieza y ajustados al cuerpo. Así, por medio de unos diminutos sensores, el tejido medía la temperatura corporal y regulaba la de la tela adecuándola a las condiciones climáticas de la jungla. Por otra parte, las botas que nos había proporcionado el mayordomo —también negras— eran muy flexibles y llevaban unas suelas con las que podríamos trepar a un

árbol con facilidad en caso de que algún animal peligroso nos acechase. Nunca se sabía lo que uno podía encontrarse en una selva y preferíamos no dejar nada a la suerte.

Además de los monos y las botas, Benson nos había preparado unas mochilas con equipo de escalada, guantes del mismo material que las botas, cerillas resistentes a la humedad, repelente de insectos, agua, comida y un pequeño machete ligero y flexible capaz de cortar hasta la roca más dura; era una de sus últimas creaciones. También, en previsión de que nos cruzásemos con algún animal peligroso, había incluido una pistola y dardos tranquilizantes con los que poder dejarlo fuera de combate.

En el equipo de Eric, había añadido también su dron con forma de pájaro, su dispositivo y algunos explosivos totalmente silenciosos que ya habíamos utilizado en alguna misión. No obstante, de lo que más orgulloso se sentía el mayordomo era de los traductores que había montado la noche anterior; eran dos, uno para mí y otro para Eric. Y lo mejor de todo: los había integrado en nuestros monos... Incluso nos había dado dos más por si se rompían.

Benson no esperaba que los *mokomboso* o los hombres leopardo hablasen nuestro idioma y, por supuesto, sabía que ni Eric ni yo teníamos ni idea de los suyos y, si bien la intención era sortear a ambas tribus sin que llegasen a verme, el mayordomo había pensado que no estaría mal que, si me los encontraba, pudiese comunicarme con ellos. ¿Cómo conocía Benson sus idiomas? Ni idea, pero era Benson, él hacía esas cosas. Para ello había añadido a nuestros trajes unas solapas que trepaban hasta medio cuello y que, a pesar de ir ajustadas a la piel, no eran nada incómodas.

En el interior de la solapa derecha, había instalado un micrófono y unos circuitos. El traductor se completaba con un auricular que debíamos llevar puesto en la oreja y una pulsera integrada en el puño de la manga derecha, con un botón y una pequeña rueda giratoria.

La rueda servía para cambiar entre los dialectos de ambas tribus. El micrófono recogía tanto mis palabras como las de mi interlocutor y, tras registrarlas, las traducía al idioma seleccionado. Tan sólo necesitaba elegir el idioma con la rueda, apretar el botón del puño y

hablar. En el caso de que alguien me hablase, el micrófono también lo recogería, pero yo recibía la traducción con el auricular del oído. Y, en este caso, no era necesario que apretase el botón del puño, el sistema reconocía el idioma y lo traducía. El botón no era más que un mecanismo de seguridad para tener la tranquilidad de que el trasto no tradujese algo que yo no quisiera.

Por lo visto, a Benson tampoco le gustaba dejar nada a la suerte. Y menos mal, porque en aquellos instantes todavía no sabíamos que ninguno de nuestros planes iba a salir bien.

3

El vuelo fue tranquilo, al menos la mayor parte de él.

No fue hasta que llegamos a la zona en la que se suponía que teníamos que aterrizar que comenzaron a ir las cosas regular.

Tras las palabras de Benson antes de partir, ninguno de los dos estábamos tranquilos y durante el trayecto, a pesar de que hablamos sobre el tema, y mucho, no habíamos sido capaces de decidir si era mejor que permaneciésemos juntos o seguir con el plan tal y como estaba; esto es, que Eric se quedase en el avión mientras yo daba con los hombres de Dagon e intentaba averiguar sus motivos para ir hasta el Congo. Si pretendían hacerse con el espíritu Ubu o si su objetivo era otro... Y, claro, si era otro, tendríamos que asegurarnos de que no era nada peligroso para la humanidad, porque si lo era... Bueno, digamos que no habríamos desperdiciado combustible.

—Voy a sobrevolar toda esta zona, a ver si averiguamos algo. Cuando aterricemos, decidiremos si me acompañas o te quedas en el avión —le dije a Eric, que se encontraba sentado a mi espalda, en la consola de los ordenadores.

—Perfecto. Vuela lo más bajo que puedas y así seré capaz de analizar con el escáner lo que haya ahí abajo —replicó.

—Hace bastante viento, no puedo prometerte nada, pero lo intentaré.

Vi el claro en el que pretendíamos aterrizar y, unos metros más allá, el comienzo de la jungla. Maniobré con los mandos de la aeronave para dirigirnos hacia la zona boscosa y, cuando estuvimos sobre ella, descendí hasta casi rozar con la parte baja del avión las copas de los árboles más altos.

Y eran muy altos.

Y muy frondosos.

Desde nuestra posición, sólo era capaz de ver un mar verde de ramas que se bamboleaban al ritmo del viento.

Tenía que ser cuidadosa. Hacía más viento del que me había parecido al principio, pero, aun así, debía hacerlo. Necesitábamos saber la posición del grupo de Dagon y el escáner no serviría de nada si volábamos muy alto.

—Ya puedes poner en marcha el trasto ese, porque no sé cuánto tiempo voy a poder mantener el avión a esta altura —dije concentrándome en pilotar sin estamparnos contra el suelo.

—Ok. Dirígete hacia las coordenadas que nos ha dado lord Thomsing. A ver si podemos localizar también el templo o las aldeas en las que viven las tribus que lo vigilan. Si damos con ellas ahora, después podré darte una ruta directa desde el claro.

Pulsé varios botones y palancas y giré el timón con cuidado para enfilar hacia el punto que decía Eric. Mi amigo no levantaba la vista de la pantalla del escáner, intentando encontrar al grupo de mercenarios, el templo o las tribus.

Sobrevolamos la selva durante varios minutos, ambos en silencio. Eric concentrado en lo que veía en las pantallas; yo, concentrada en no estrellarnos, comencé a trazar media circunferencia en el aire para regresar al claro donde aterrizaríamos y, entonces, escuché a Eric hablar de nuevo.

—¡Qué fuerte! ¡Eso de ahí abajo parece el templo!

Fue en ese momento cuando todo se fue a la porra.

Al mismo tiempo que Eric me informaba de la presencia del templo bajo nosotros, una ráfaga de viento más fuerte de lo normal hizo que, por un instante, perdiese el control del avión. No fue más que la más mínima fracción de un segundo, pero suficiente para que la panza de la aeronave arañase la copa de uno de los árboles más altos... y se desatase la catástrofe.

El encontronazo entre el avión y las ramas produjo un sonido de desgarró que, en mis oídos y sabiendo lo que iba a suceder a continuación, sonó aterrador. Como si dos enormes planchas aplastasen un coche hasta dejarlo con el grosor de una alfombra.

Intenté recuperar el control, pero ya era demasiado tarde.

—¡Agárrate! —le grité a Eric mirándolo por encima del hombro.

Vi su rostro pecoso que me devolvía la mirada con gesto aterrado. Lo normal, si te estás cayendo desde el cielo metido en un avión.

La cabina se quedó a oscuras y comenzó a sonar una alarma de voz mecánica.

—PELIGRO, ASCIENDA.

»PELIGRO, ASCIENDA.

»PELIGRO, ASCIENDA.

»PELIGRO, ASCIENDA.

—Ya, ya lo intento, icállate de una vez! —ordené al aire. Aquella maldita alarma me estaba poniendo de los nervios.

La voz cesó, pero, a cambio, se encendieron las luces de emergencia tiñéndolo todo de rojo, lo que consiguió que la cabina entera tuviese un aspecto escalofriante y tétrico.

Intenté de nuevo estabilizar el avión, pero me estaba costando horrores no ya estabilizarlo, sino tan sólo mantenerlo en el aire. Las

ramas chocaban contra el fuselaje cada vez con mayor frecuencia abriendo brechas y heridas en él. Con cada una de las colisiones, el avión se bamboleaba de un lado a otro mientras yo intentaba controlarlo. No se podía decir que estuviese teniendo mucho éxito.

De hecho, no estaba teniendo ningún éxito.

Nuestra situación iba cada vez peor, pero yo no quería asustar a Eric.

En el cuadro de mandos se iluminaron varios chivatos informándome de las piezas y componentes, fundamentales todos para volar, que estaban fallando y comenzaron a sonar timbres, pitidos, sirenas y avisos de lo más variados. Los motores chirriaban y retumbaban como si estuviesen siendo sometidos a una tortura inimaginable.

A mi alrededor todo era una cacofonía de fallos y errores nada silenciosos. No me daba tiempo a solucionar uno cuando ya estaba saltándome otro a la cara. Aun así, yo todavía intentaba llegar al claro para realizar un aterrizaje de emergencia, más que nada porque, si lo hacía sobre la selva, las probabilidades de supervivencia rozaban el cero.

—¡Amanda! —llamó mi amigo por encima del estruendo—. ¡Amanda!

Miré de nuevo a Eric, que no sólo se había quitado el cinturón de seguridad, sino que además se encontraba de pie en medio del pasillo abrazado a un bulto.

Me lanzó el bulto a las manos... Una mochila... o lo que yo pensé que era una mochila.

—¡Póntelo!

Cogí el paquete en el aire y lo miré: un paracaídas.

Alcé de nuevo la vista hacia mi amigo y me di cuenta de que él ya llevaba puesto uno. También había cogido su mochila con el equipo y se la había puesto cubriéndole el torso, como si fuese un escudo.

—¡Tenemos que salir de aquí! —dijo a gritos para hacerse oír sobre el estruendo—. ¡Vamos a estrellarnos!

Un crujido más fuerte que los anteriores resonó a nuestro alrededor. El fuselaje chirrió y chilló.

Una grieta enorme apareció sobre la cabeza de Eric.

El avión estaba partiéndose por la mitad.

Clavé los ojos en los de mi amigo y salté del asiento en un intento por acercarme a él, por abrazarlo y protegerlo, por no perderlo, por seguir junto a él.

En ese momento, toda la parte trasera del avión se desprendió y desapareció entre el océano de árboles.

Y con ella, Eric.

4

Todavía me llevó unos instantes recuperarme de lo que acababa de ver, si es que a ponerme en marcha se le puede llamar recuperarse. Ni siquiera era capaz de llorar, me encontraba en estado de shock.

El avión continuaba descendiendo sin control y yo sólo podía mirar hacia el lugar por el que mi mejor amigo había desaparecido.

Lo había perdido, tal vez para siempre, y no había nada que pudiese hacer al respecto.

Sacudí la cabeza intentando salir del estupor que sentía, todavía aterrada por el giro que habían tomado las cosas, y di media vuelta, enfrentándome de nuevo a los mandos del avión, que ya avanzaba dando bandazos entre los troncos de los árboles.



Era un completo y absoluto milagro que todavía no me hubiese chocado con uno de ellos. No obstante, ese milagro estaba a punto de llegar a su fin: frente al morro de la aeronave se alzaba el árbol más grande y más ancho que yo había visto en toda mi vida. Debía de tener la altura de un rascacielos y, luego, un poquito más.

Giré el timón todo lo que pude en un intento desesperado por esquivarlo. Por unos momentos pensé que lo iba a lograr y llegué a sentir cierto alivio al pensar que no iba a morir estampada contra aquel tronco inmenso... Alivio que se me pasó enseguida, en cuanto el avión frenó en seco al engancharse en las ramas y la inercia hizo

el resto, ya que salí disparada contra el parabrisas del avión y lo atravesé haciéndome un corte feísimo en la cintura.

Lo único bueno de todo ello fue que, por lo menos, el vidrio no se rompió por la fuerza del impacto de mi cuerpo contra él. Eso habría resultado fatal para mí, puesto que el parabrisas tenía un grosor de varios centímetros. No, se había partido al colisionar contra una de las ramas —gruesas como farolas— del enorme árbol.

Caí rebotando contra todos y cada uno de los brazos de aquel árbol que se interpusieron entre el suelo y yo... y fueron muchísimos.

Al fin, mi espalda chocó contra el lecho del bosque con un golpe seco y muy muy doloroso.

Me quedé allí tirada, mirando los jirones de cielo que se colaban entre la bóveda de hojas situadas sobre mí, sin poder moverme. El aire apenas me llegaba a los pulmones cuando intentaba respirar.

Me permití yacer así durante un rato, pero mi cerebro empezó a recordar lo sucedido unos segundos antes de estrellarme: había perdido a Eric.

Mi amigo había salido disparado del avión al partirse éste en dos y ahora no tenía ni idea de dónde podría estar. Ni siquiera sabía si continuaba con vida... Lo que sí sabía era que las probabilidades de sobrevivir a un accidente similar eran tirando a bajas..., por no decir nulas.

Sentí gotas cálidas y gruesas descendiendo por los lados de la cara hacia las orejas y un sollozo me atrapó el pecho sacudiéndolo con violencia.

Había perdido a Eric.

Pensé de nuevo que tal vez lo había perdido para siempre.

No importaba cuánto me doliese el cuerpo, tenía que ir a buscarlo.

Tenía que encontrarlo.

Giré sobre mí misma y un rayo de dolor me atravesó la espalda. Aun así, conseguí hacerlo y acabé tumbada bocabajo. Me di unos segundos más para conseguir apoyarme sobre las palmas de las manos, darme impulso y ponerme de rodillas.

Me dolía todo el cuerpo. Y, cuando digo todo, me refiero a TODO.

Me dolía en sitios que ni siquiera sabía que existiesen.

Cuando por fin conseguí ponerme en pie, me mareé y necesité apoyarme en el tronco del árbol. Tras unos instantes, me sentí un poco mejor. El mareo comenzaba a ceder y me puse a examinar la madera que había bajo la palma de la mano. Era rugosa y muy oscura.

Alcé la mirada y observé las ramas y las hojas. Éstas eran grandes, casi redondas y de un verde esmeralda muy intenso. Parecían centellear bajo los rayos de sol, como si fuesen gemas. A pesar de las clases de botánica que la tía Paula había insistido en empezar a darme, no lo reconocí.

No tenía ni idea de qué tipo de árbol se trataba.

Tal vez acababa de descubrir una especie nueva por el expeditivo método de estamparme contra ella; no obstante, eso era irrelevante en aquellos instantes ya que lo que necesitaba hacer era trepar hasta el avión, recoger mi equipo y, después, seguir ascendiendo hasta llegar a la copa para intentar situarme en medio de aquel laberinto verde.

A lo mejor, si veía dónde había caído la parte trasera del avión, podría dar con Eric.

Aquel pensamiento consiguió que por fin me pusiese en marcha.

Con un suspiro resignado, comencé a subir por el tronco.

5

Llegar hasta donde se encontraba el avión me costó muchísimo, el corte de la cintura me dolía y sangraba con cada impulso que tomaba. Me sentía más débil a cada segundo que pasaba. Si no conseguía detener aquella hemorragia, iba a verme en problemas... En problemas más graves de los que ya tenía, me refiero.

Por fin llegué hasta el aparato. Repté por una rama que había sobre él y me descolgué para entrar por la brecha que había quedado al partirse por la mitad. Tendría que tener mucho cuidado, ya que, si daba un mal paso, todo podría venirse abajo en cuestión de segundos.

Avancé con cautela durante unos metros hasta que, bajo mis pies y por fuera del fuselaje, escuché un «CRAAAAAAC» que no me gustó nada. Sonó muy parecido al crujido que haría la rama que sostenía la aeronave al partirse, pero que muy muy parecido... Vamos, que yo habría jurado que era exactamente eso lo que había escuchado.

Me quedé petrificada en el sitio, con una butaca a mi izquierda y lo que quedaba de la consola —que no era mucho— a la derecha. El sudor me resbalaba por la frente, pero a mí me daba miedo hasta alzar la mano para enjugármelo. Cualquier movimiento podía ser el último.

Tomé aire y lo exhalé muy despacio, reuniendo valor para seguir avanzando por aquel pedazo de ruina. Di un paso y esperé a ver qué sucedía, si bien lo que en realidad esperaba era que no sucediese nada.

Otro chirrido agudo trepó y se filtró hasta donde yo me encontraba.

Suspiré resignada.

Era un hecho, aquella rama no aguantaría mucho más.

Busqué mi mochila con la mirada, intenté localizarla entre el caos de objetos que habían quedado desparramados por todas partes tras el accidente. Me llevó todavía unos segundos más dar con ella: había quedado enganchada a una rama que se había colado por una de las ventanillas, detrás del asiento del piloto, a un par de pasos de mí. Muy cerca, pero no lo suficiente.

Tendría que avanzar un poco más.

—Ya podrías estar más cerca —murmuré con fastidio arrastrando despacio los pies por el suelo en dirección a mi equipo.

Por fin, estiré el brazo y me hice con ella.

Abracé el petate y resoplé con alivio.

—Vale, ya te tengo —dije con una sonrisa nada segura—. Ahora vamos a largarnos de aquí antes de que nos matemos —zanjé poniéndome la mochila a la espalda y ajustando las correas, algo que me llevó un rato ya que yo intentaba evitar movimientos bruscos a toda costa.

Di un par de pasos cautelosos hacia la salida y, de repente, todo se llenó de crujidos, chirridos, chasquidos y restallidos.

La rama había terminado de partirse y el avión estaba siendo atraído por el suelo en una clarísima demostración de la fuerza de la gravedad.

Corrí por el pasillo con los ojos fijos en la apertura por la que había entrado. El suelo de la aeronave se desplazaba bajo mis pies a toda velocidad cayendo al vacío y yo apreté todavía más el paso en dirección contraria. Cuando estaba a punto de saltar al exterior, vi un bulto cuadrado y blanco con una cruz en su superficie. Lo atrapé con una mano sin detenerme, al mismo tiempo que me impulsaba al exterior del avión.

Lo siguiente sucedió a toda velocidad, aunque yo lo viví casi a cámara lenta.

Durante unos instantes, mis pies siguieron moviéndose, pero ya no había nada debajo de ellos. Sentí que a mi espalda el amasijo de hierros en el que se había convertido mi avión se desplomaba sobre el suelo del bosque con un estruendo metálico y, allí estaba yo, como paralizada en el aire, detenida en el tiempo, sin nada a lo que

sujetarme. En breve comenzaría a caer y, si lo hacía sobre lo que había debajo, lo más probable era que terminase convertida en un pinchito de Amanda, atravesada por alguno de los despojos que quedaban de la aeronave.

El impulso que había tomado al saltar fue desvaneciéndose y yo todavía no había encontrado nada a lo que agarrarme.

Comencé a caer de espaldas.

Mis ojos se abrieron con horror.

Manoteé en el aire buscando algo a lo que asirme.

Me iba a matar.

Sentí un golpe en uno de los brazos y, por suerte, algo frenó la velocidad a la que descendía.

Una rama.

Sin perder un sólo instante, me sujeté como pude con la mano y terminé colgando de ella. Me quedé muy quieta, intentando no balancearme, ya que la madera podría partirse con el movimiento. Con mucho cuidado, miré mis pies y, después, lo que había bajo ellos.

Lo que vi sólo vino a confirmar lo que ya sabía: en el suelo sólo había un amasijo de metal esperando a mordirme la carne.

—Por los pelos —murmuré.

Vale, había detenido la caída, pero todavía no estaba fuera de peligro. Si la rama de la que estaba colgando se partía, o si se me resbalaba la mano, estaría perdida... Y eso sin olvidar que en la otra mano llevaba el botiquín y prefería no soltarlo. Necesitaba desinfectar la herida de la cintura si no quería tener más problemas... Contando con que saliese indemne del problema actual, claro.

Busqué a mi alrededor otra rama, una en la que pudiese enganchar las piernas para afianzarme y llegar a un lugar seguro, a poder ser el suelo.



A mi derecha vi una que podría servir. Con mucho cuidado, me balanceé para llegar a ella con las piernas. Lo intenté una vez sin éxito, necesitaba columpiarme más si quería alcanzarla, así que lo hice. Al segundo intento noté cómo la rama en la que estaba sujeta se partía, mi brazo perdió el punto de apoyo. Por suerte, mis piernas ya estaban por encima de la otra rama y quedé colgando de ella bocabajo. Vi la madera chocar contra los restos del avión y partirse por la mitad.

—Ésa podría haber sido yo —comenté, entre agobiada y asustada, a la selva que me rodeaba.

Me encaramé como pude a la rama y quedé sentada a horcajadas. Fui impulsándome con el culo y el brazo libre hasta que tuve el tronco del árbol frente a mí. Me di la vuelta como pude para apoyar la espalda en él.

Cuando lo conseguí, un resoplido aliviado salió de mi boca. Estaba sudando a chorros, sentía la sangre escaparse por el corte de la cintura y me dolían todos los músculos del cuerpo, pero lo había conseguido: había logrado recuperar mi equipo y el botiquín y, lo mejor de todo, todavía estaba de una pieza. A mí aquello ya me parecía un éxito.

Me quité la parte superior del mono como pude y me subí la camiseta que llevaba debajo... El tajo era bastante feo y sangraba muchísimo.

Abrí el estuche con la cruz y lo apoyé sobre la madera en un precario equilibrio. Localicé todo lo que iba a necesitar para la cura y me puse a ello, no sin antes limpiarme bien las manos con la botella de alcohol. A continuación, lavé el corte e hice presión con unas gasas para parar la hemorragia. Cuando más o menos dejó de sangrar, extendí una pomada antibacteriana a lo largo de toda la herida y la cerré con puntos de sutura adhesivos. A ver, necesitaba puntos de los de verdad, pero no estaba yo muy dispuesta a dármelos a mí misma. Siempre hay cosas que una no puede hacer y, en mi caso, atravesarme la piel con una aguja era una de ellas. Terminé vendándome la zona con cuidado para después volver a ponerme el mono. Cuando terminé de curarme, estaba agotada, pero no podía pararme a descansar, no tenía tiempo que perder.

Tenía que subir a lo más alto de aquel árbol para intentar encontrar a Eric.

6

Abrí la mochila y me puse el auricular que me serviría tanto para comunicarme con Eric como para traducir a los hombres leopardo y a los *mokomboso*. Por si acaso, hice una prueba: intenté localizar a mi amigo.

—Eric, ¿me oyes? —pregunté—. ¿Estás ahí?

Lo intenté un par de veces más antes de darme por vencida. Tal vez estaba demasiado lejos, fuera del alcance del comunicador. Tal vez el chisme se había estropeado en el accidente. Tal vez Eric había perdido el sentido y no me había oído.

Había mil explicaciones posibles que no implicaban la muerte de mi amigo. A todas y cada una de ellas me aferré para continuar adelante con la misión, pero no pude evitar sentir la angustia atenazándome la garganta.

Sacudí la cabeza sacando esos pensamientos de ella y me puse manos a la obra con el plan que me había trazado: trepar todo lo que pudiese y mirar a mi alrededor.

Saqué los guantes de la mochila, me los puse y comencé a escalar el árbol afianzándome en cada rama, comprobando su robustez antes de apoyar todo el peso de mi cuerpo en ella. Lo último que quería era perder el equilibrio y caer. No olvidaba que a mis pies los hierros del avión todavía esperaban, listos para rajarme la carne tan pronto mi piel los rozase. Debía ser cuidadosa, no podía permitirme ni un error.

Poco a poco, llegué hasta lo más alto. El sudor me resbalaba por la frente e iba a morir al cuello del mono. Tenía el cabello en la zona de la nuca empapado, pero no me detuve ni para enjugármelo. El corte me dolía como si me estuviesen picando avispa en él, por

suerte, la presión que ejercía el mono sobre la herida unida a la del vendaje que me había hecho, impedía que continuase sangrando.

Con un último empujón y aferrándome como podía a la vegetación que me rodeaba, asomé la cabeza sobre el mar verdoso y espeso que formaban los árboles. Miré alrededor y...

Nada.

No vi nada.

Sólo verde y más verde.

Verde por todas partes.

Ni una triste columnita de humo que me indicase dónde había caído la parte trasera del avión.

Ni un poco de fuego que marcase el lugar del impacto.

Nada.

Me sentí muy desanimada y perdida. Y, tras aquella escalada, también algo frustrada. No me parecía justo no recibir una recompensa después de todo aquel esfuerzo, pero, claro, la vida no siempre era justa.

Tenía que encontrar a Eric. Necesitaba saber qué había sido de él y, si había sucedido lo peor, tenía que llevarlo de vuelta a casa. No podía dejarlo allí. De todos modos, todavía tenía esperanzas de encontrarlo con vida... Al fin y al cabo, llevaba puesto el paracaídas cuando había sucedido todo.

Aún con Eric en mi cabeza, no podía perder de vista la misión, ya que, si los hombres de Dagon habían venido a buscar el espíritu Ubu, la humanidad estaría perdida.

Sí, necesitaba concentrarme.

Descendí despacio, con mucho cuidado y, en cuanto pude, salté a las ramas del árbol más cercano y después a las del siguiente y el siguiente, alejándome cada vez más del lugar del accidente. Si los hombres de Dagon estaban en aquella zona y habían escuchado algo, se acercarían para averiguar qué había ocurrido. No tenía pruebas, pero tampoco dudas.

Era mejor poner algo de tierra de por medio y ser yo la que los vigilase a ellos y no al contrario.

Cuando consideré que ya estaba a suficiente distancia, salté al suelo y esperé agazapada junto al tronco hasta que mis oídos se

acostumbraron a los sonidos de la jungla.

A continuación, miré a mi alrededor, acostumbrándome también a los colores y las formas del entorno. Todo era verde. Apenas unos pocos rayos de sol lograban atravesar la bóveda de ramas y vegetación y, los que lo conseguían, tan sólo daban para formar pequeños charcos dorados en el lecho de hojas, musgo, raíces y tierra. Todo estaba cubierto por una pátina de aquella leve luz, perezosa y neblinosa, dándole al lugar el aspecto que siempre había imaginado que tenían los bosques de los cuentos de hadas.

Era, a la vez, hermoso y tétrico.

Acostumbrarme al clima iba a ser más complicado, ya que la humedad era terrible. Y yo odio la humedad. No sólo porque me hace sudar sino porque mi pelo empieza a hacer de las suyas.

Me llevé una mano al cabello y lo palpé.

Lo noté áspero y encrespado bajo mis dedos.

Lo que yo decía: odio la humedad.

Di gracias por no tener un espejo, me habría jugado todo lo que tenía a que mi aspecto era muy parecido al de un caniche después de una mala noche.

Tras asegurarme de que me encontraba sola en aquel lugar, comencé a acercarme al sitio en el que estaba mi avión; tal vez pudiese rescatar algo más de equipo o comunicarme con Benson utilizando la radio. A pesar de que dudaba de que eso fuese a dar ningún resultado, por probar tampoco perdía nada.

Caminé por la jungla en dirección a los restos de la aeronave atenta a los sonidos que me llegaban, preparada para esconderme al menor indicio de problemas. Estaba herida y agotada y una pelea contra un animal salvaje, o contra un grupo de mercenarios, era lo último que necesitaba. Por suerte, llegué a mi destino sin problemas y en pocos minutos.

Rodeé el desastre en el que había quedado convertido mi avión buscando un punto por el que poder entrar, hasta que vi una ventana por donde colarme. No quedaba ni rastro de vidrio en ella, así que no me volvería a cortar, cosa que me apetecía entre poco y nada.

Una vez en el interior, me dirigí a la consola de mandos y traté de hacer funcionar la radio.

—Aquí nave B Camaleón —dije al micro después de pulsar varios botones y ponerme los auriculares—. Aquí nave B Camaleón. ¿Me escuchas, Benson? Cambio.

No recibí ni estática.

Hice otro intento más que nada por no quedarme con la duda, pero el resultado fue el mismo: la nada más absoluta. Un silencio que me explotó en los oídos.

Estaba sola en medio de la selva.

Y, además, aquella radio estaba más muerta que los habitantes del mausoleo que teníamos los Black en el cementerio de nuestra ciudad.

Me quité los cascos y miré a mi alrededor buscando algo que poder salvar de entre aquel caos.

Encontré varias botellas de agua, bolsas de frutos secos, una manta térmica de supervivencia, un estuche pequeño que resultó ser otro botiquín... y poco más. Guardé el botín en la mochila y me dispuse a salir del avión por donde había entrado.

Me sujeté a un saliente y me impulsé con los pies por delante, atravesé la ventana y caí al otro lado flexionando las rodillas para no hacerme daño en las piernas.

Cuando comenzaba a ponerme en pie, la punta de una lanza frente a mi cara me lo impidió.

7

Alcé la mirada para ver quién era el portador o la portadora de aquella arma a la vez que pulsaba el botón que ponía en marcha el traductor.

Mi mirada ascendió por unas piernas de piel oscura y brillante, finas pero musculosas, cubiertas por unas espinilleras de metal, hasta una especie de falda de metal con un grabado que recordaba al pelaje de un leopardo. A continuación, siguió escalando por un abdomen igual de fibroso que las piernas que, un poco más arriba, se convertía en un pecho cubierto por una armadura realizada con dos placas de metal con madera encastrada, ambas también con un grabado de leopardo, terminando en un rostro de gesto malhumorado y ojos afilados por la sospecha y el temor. La cara estaba cubierta por un maquillaje tribal a base de motas negras sobre un fondo ocre que conseguía de nuevo recordar al semblante de un leopardo. En la cabeza lucía un casco dorado tallado con la forma de la cabeza de un leopardo con la boca abierta, los colmillos descendían bordeando los ojos para ir a morir a las mejillas. Todo en aquel guerrero daba aspecto de fiereza y fortaleza.

Por el aspecto —y, sobre todo, por la falda, la armadura y el casco de leopardo— adiviné que o mucho me equivocaba o me encontraba frente a un miembro de la tribu de los hombres leopardo. Giré la rueda del traductor para elegir el idioma.

Aquel hombre estaba a nada de matarme y seguir tan tranquilo con su día.

Y, a ver, no era para menos: yo había salido de un salto de entre un amasijo de metales que había caído del cielo... Imaginé que, puesto que no habían tenido mucho contacto con otros humanos,

tampoco lo habrían tenido con aviones y cosas así, por lo que no me extrañó su agresividad y su miedo.

Levanté las manos muy despacio hasta ponerlas a ambos lados de mi cabeza mientras lo miraba con lo que intenté que fuese una actitud tranquilizadora.

No debí de lograrlo, ya que el hombre aproximó todavía más la punta de la lanza a mi cara, lo suficiente para que tuviese que inclinarme un poco hacia atrás para evitar que me hiriese.



De entre las sombras, árboles, arbustos y rocas que nos rodeaban, salieron un montón de personas, hombres y mujeres, todos con

atuendos similares. Todos con algún tipo de arma entre las manos: machetes, arcos, lanzas, espadas de aspecto extraño —tenían formas curvas a lo largo de toda la hoja y acababan en algo parecido a una hoz—, hachas —luego me enteré de que éstas se llamaban «*nzappa zap*»—, mazas y lo que surgiese. También portaban escudos alargados de color marrón oscuro que parecían hechos con cuero. Tanto ellos como ellas me parecieron feroces, valientes y muy muy fuertes. Además de muy discretos, puesto que yo no había visto a ninguno de ellos hasta aquel momento.

No era gente con la que se pudiese bromear o, al menos no me pareció el momento para hacerlo, más que nada, por continuar manteniendo la cabeza sobre los hombros.

—Hola, me llamo Amanda Black y creo que tenéis problemas. He venido a ayudaros —dije con una sonrisa. Me pareció tan buena presentación como cualquier otra.

El traductor hizo su trabajo y convirtió mis palabras a las de su idioma.

Una mujer a la que no había visto hasta ese momento salió de detrás de un tronco y se acercó al guerrero que me apuntaba con la lanza. Le dio un toque suave en el brazo y el hombre bajó el arma. Todos los demás lo imitaron al unísono, como si fuese una coreografía bien ensayada.

La mujer era muy anciana, pequeña, de aspecto frágil, pero su diminuta y delicada figura emanaba autoridad. El guerrero se apartó para que ella pudiese colocarse frente a mí. Me miró con detenimiento, como intentando verificar que mis palabras fuesen ciertas y no estuviese mintiéndoles. Decidiendo si podía confiar en mí. Pasados unos instantes, la anciana hizo otro gesto con la mano invitándome a ponerme en pie.

Lo hice.

Ella volvió a mirarme, esta vez alzando una de sus cejas.

Un resoplido cansado salió de su nariz y puso los ojos en blanco.

—Puedes bajar los brazos, forastera —dijo moviendo la mano en el aire como el que espanta una mosca—. Sabía que venías y eres bienvenida a nuestras tierras... Sentimos mucho lo de tu avión, pero no hemos podido impedirlo.

No supe qué decir. Había demasiadas cosas, demasiados detalles, en aquellas pocas palabras.

Para empezar, las había dicho en mi idioma, algo que no me habría esperado en cien mil años que pasasen. Para continuar, con un simple vistazo había sabido que yo no iba a darles problemas y, para terminar... Para terminar, había dicho que sabía que iría y también había insinuado que ellos habían tenido algo que ver con el accidente que me había llevado hasta aquel punto concreto de la selva del Congo.

Y todo en tan sólo veinticinco palabras... si mis cálculos eran correctos.

Pulsé el botón de apagado del traductor.

—¿Hablan mi idioma? —pregunté con extrañeza sin saber muy bien qué otra cosa podía decir. Necesitaba un poco de tiempo para ordenar mis pensamientos.

—Oh, por supuesto... ¿Amanda has dicho que te llamas? —replicó la mujer.

—S... sí.

—Pues por supuesto, Amanda —dijo ella con una sonrisa—. Nos lo enseñaron los Thomsing hace muchísimo tiempo y nunca hemos dejado de estudiarlo. Es bastante práctico hablar un segundo idioma.

—Los Thomsing son amigos nuestros. De hecho, fue lord Thomas Thomsing quien nos pidió que viniésemos a ayudarles... Y mi avión, ¿a qué se refiere con que no han podido impedirlo?

—Cuando hemos intentado desconectar el sistema de viento, ya era demasiado tarde —confesó la anciana—. Está prohibido sobrevolar esta zona...

—¿Sistema de viento?

—Sí, es un protocolo de seguridad. Tan pronto como nuestros radares captan cualquier tipo de vehículo aéreo, lo conectamos. Nadie debe sobrevolar estas tierras. Son sagradas. Lo que se guarda en ellas no debe salir de aquí jamás.

—El Ubu... —sugerí.

—El Ubu —aceptó la mujer. Si le había sorprendido que yo conociese la existencia de aquel maldito espíritu, no lo había

demostrado—. Aun así, no pretendíamos derribaros, sólo que os marcharais por donde habíais venido. O que te marcharas por donde habías venido —se corrigió.

—No, está en lo correcto. Éramos dos personas. ¿Sabe dónde ha caído la otra parte del avión? Mi amigo...

—Ha caído en territorio de los *mokomboso* —me interrumpió con voz lúgubre—. Si no ha muerto en el accidente, dudo mucho que haya sobrevivido a los *mokomboso*. Lo siento, forastera.

No.

No.

No.

Me negaba a aceptarlo.

Eric no podía estar muerto.

Y yo estaba harta de sentirme indefensa y triste. Desde que habíamos empezado aquella misión, nada había salido según lo previsto. Estaba empezando a enfadarme.

Las palabras de Benson volvieron de golpe a mi cabeza. Se suponía que en esta misión teníamos que permanecer unidos.

Me negaba a creer que mi mejor amigo estuviese muerto.

No me iba a rendir con facilidad.

Era hora de ponerme en marcha.

—He de ir a comprobarlo. Si me indican cómo puedo llegar a las tierras de los *mokomboso*, hablaré con ellos a ver qué me dicen.

Un «¡Oh!» ahogado y temeroso recorrió la selva a mi alrededor. Todos los guerreros dieron un paso hacia atrás, asustados y comenzaron a murmurar entre sí hasta que la anciana levantó una mano pidiendo silencio.

La tribu obedeció al instante.

—No lo entiendes, forastera. Los *mokomboso* no hablan, los *mokomboso* son... ¿Cómo se dice en tu idioma?... Ah, sí... monos. Sobre todo, gorilas, pero no son normales, son bestias sanguinarias y sin inteligencia que...

—Me da igual. —Fue mi turno de interrumpirla. Descubrir que existía una tribu formada por diferentes especies de simios me resultó sorprendente, pero en aquellos momentos, lo único que me

preocupaba era dar con Eric cuanto antes y nada iba a detenerme—. Me da exactamente igual. Pienso ir a buscar a mi amigo.

—Entonces, no podrás impedir que el Ubu sea robado.

Eso me hizo dudar.

Si la mujer sabía que alguien pretendía robar el Ubu, tal vez supiese dónde estaban los hombres de Dagon.

—Entonces, ¿han visto a otro grupo? —pregunté—. Llevan palos de fuego, son muy peligrosos.

—¿Los hombres de Dagon? —preguntó ella de nuevo con una ceja alzada—. Sí lord Thomsing nos ha puesto al corriente... Y puedes llamarlas armas, sabemos lo que son las armas de fuego, aunque no nos guste utilizarlas... Y tampoco te dejes engañar por el aspecto de nuestras lanzas y espadas, podrías llevarte una sorpresa.

Hizo un gesto con la cabeza al hombre que me había apuntado con la lanza. Él la giro en el aire y apretó algo en el mango que no vi bien, pero me pareció algo similar a un gatillo. De la punta salió una especie de rayo azulado que viajó hasta una piedra cercana, donde estalló en un festival de chispas.

Rayos eléctricos.

Aquella lanza disparaba rayos eléctricos.

La frágil anciana había conseguido que, por fin, me sintiese como una auténtica idiota.

Yo había tomado a los hombres leopardo por una tribu primitiva e ignorante y no sólo no eran nada de eso, ya que contaban con tecnología muy avanzada, sino que, además, parecían saber muy bien lo que hacían con ella.

—Estás cansada y herida —dijo la anciana tendiéndome la mano—. Permite por lo menos que te curemos antes de ir en busca de tu amigo. Te ayudaremos como podamos, forastera. Te diremos también todo lo que sabemos sobre los hombres de Dagon, los tenemos bajo vigilancia... Necesitas nuestra ayuda... Y nosotros necesitamos la tuya para proteger el Ubu.

—Por lo que veo, se apañarían bastante bien sin mí —comenté señalando con la cabeza las armas que portaban los guerreros.

—No, no lo entiendes. Nosotros no podemos poner un pie en el templo, el Ubu quedaría libre. Nosotros vigilamos que nadie entre en

el templo, pero no podemos traspasar sus puertas. En el momento que nosotros o los *mokomboso* lo hagamos, el Ubu será libre de marcharse. Tampoco podemos abandonar estas tierras. —Continuó con un gesto del brazo que abarcaba todo a su alrededor—. Si lo hacemos, el Ubu escapará. Él es nuestro prisionero, pero nosotros somos los suyos. Es parte del pacto mágico que firmamos con los constructores del templo hace cientos de años. No hay nada que podamos hacer, hemos heredado esta misión de nuestros ancestros. Somos los guardianes. Si los hombres de Dagon consiguen liberar al Ubu... Bien, nosotros seríamos libres por fin, pero estaría todo perdido.

—Pero ¿están seguros de que es eso lo que quieren? ¿Llegar al templo? —quise saber.

—Sí, ya te he dicho que los tenemos vigilados... Y, sí, eso es exactamente lo que quieren. Han venido a buscar el Ubu. ¿Para qué lo quieren?, eso lo ignoro. Tal vez lo quieran para dárselo a su jefe, por lo que sé es una persona muy poderosa.

—Su jefa —corregí—. Es una mujer: Irma Dagon.

—Su jefa —aceptó la anciana.

Eso lo cambiaba todo. Se confirmaba que aquellos hombres querían hacerse con el espíritu Ubu.

Y, por supuesto, yo debía evitarlo.

Suspiré.

Ella tenía razón. Necesitaba su ayuda.

Y sí, ellos necesitaban la mía.

Me encontraba en medio de la selva del Congo, sin poder comunicarme con mi familia, sin conseguir contactar con Eric, con una herida tremenda en la cintura que me dolía un montón, sin saber muy bien hacia dónde tenía que ir y muy muy cansada.

La única ventaja que tenía en aquellos momentos era que me encontraba ya en el segundo círculo. El primero, el de la tribu de los *mokomboso*, me lo había saltado por el sencillo método de estrellarme una vez pasados sus territorios.

No perdía nada por dejarme ayudar por aquellas gentes.

Tampoco por ayudarlas yo a ellas, ya que para eso había venido.

Las acompañaría hasta su aldea y, una vez allí, decidiría cuál sería mi siguiente paso.

Si Eric había muerto en el accidente, ya no había nada que pudiese hacer por él.

Si estaba vivo... Bueno, si estaba vivo, pasara lo que pasase, no me marcharía de allí sin él.

Asentí con los ojos fijos en la anciana.

—De acuerdo, iré con vosotros.

—No esperaba menos —replicó ella—. Por cierto, me llamo Nguvu Mbangu, pero puedes llamarme Gu.

8

—**E**stán todavía en territorio de los *mokomboso* —dijo Gu señalando un mapa situado sobre una mesa baja—, pero de momento han conseguido esquivar a la tribu.

Nos encontrábamos en una cabaña de adobe situada al final del poblado, a pocos metros de la valla que rodeaba todo el perímetro de la aldea. La anciana había considerado que no había tiempo que perder, puesto que los mercenarios contratados por Dagon continuaban avanzando y ya estaban a pocos kilómetros de los territorios de los hombres leopardo. No obstante, había llamado a la sanadora de la tribu, que en aquellos instantes estaba cosiéndome la herida tras haberla desinfectado a conciencia.

Gu había llamado también a los cocineros de la tribu y, mientras la anciana me explicaba lo que sabía, éstos estaban preparando un pequeño banquete en la cabaña contigua. Yo, desde mi posición, sobre una estera en el suelo, los veía pasar. Primero yendo hacia la derecha, cargando con enormes jarras y bandejas hechas con madera y hojas llenas de apetitosos alimentos y volviendo hacia la izquierda, ya con las manos vacías.

La cabaña en la que estábamos no era muy grande; tenía una sola planta, redonda y techo de paja. Sin embargo, a pesar de que su exterior parecía tosco y primitivo, el interior estaba equipado con todo tipo de tecnología: pantallas, consolas llenas de luces y teclas, mapas interactivos, sistemas de vigilancia... De todo. Aquella cabaña era el centro de operaciones de la tribu. Desde ella podían controlar desde las puertas de entrada a la aldea hasta los drones con los que, como me explicó Gu, vigilaban la jungla. Sin olvidar la armería, que contaba además con guardias las veinticuatro horas del día, así

como el sistema de viento que había derribado mi avión. Todo se podía hacer desde aquella pequeña choza.

—Vale, ¿por qué no los avisan? —pregunté mientras la sanadora me daba el último punto—. Me refiero a los *mokomboso*.

—Ya te he dicho que no es una tribu muy abierta al diálogo, no tenemos forma de contactar con ellos. No son más que una barrera salvaje que impide a los curiosos aproximarse al templo. Como nosotros, pero no están tan avanzados como nuestra tribu. —Negó con la cabeza antes de continuar—: Ir a sus territorios a avisarles podría significar la muerte para el mensajero... No, no lo haremos. Detendremos a los intrusos cuando alcancen nuestras tierras... Si es que sobreviven a los *mokomboso*, claro, que eso todavía está por ver.

—Tal vez pueda ir yo...

La anciana hizo un gesto con las manos para que no continuase hablando, me miró y apenas pudo reprimir un suspiro de hartazgo.

—A ver, forastera —resopló Gu—, ¿qué parte de «los *mokomboso* son salvajes y despiadados» no has terminado de entender?

—Ya, ya, pero yo no soy... cómo lo diría... ¿normal?

—Lo sé, sé quiénes sois los Black. También sé a qué os dedicáis, de otro modo, no estaría dispuesta a ayudarte. Ya te he dicho que los Thomsing son amigos. Nos han hablado de vosotros y, aun así, creo que es muy peligroso que vayas. Es mejor que nos centremos en atrapar a esos hombres una vez que lleguen aquí.

—Pero...

—Ni pero ni pera —me interrumpió con un tono muy parecido al de la tía Paula cuando se enfadaba—. He dicho que no. No insistas. Ahora, necesitas comer algo.

La sanadora terminó de taparme la herida y me ayudó a ponerme en pie. A continuación, las tres nos dirigimos a la cabaña en la que se había servido el almuerzo, que consistía en deliciosos pescados a la brasa, ensaladas de frutas tropicales y otros platos que no reconocí. Los aromas de los alimentos treparon por mi nariz consiguiendo que me cosquillease y, en apenas unos segundos, yo ya estaba salivando como un perro frente a un pedazo de pollo.

—Come, forastera, te va a hacer falta.

No esperé a que me lo volviese a decir, me lancé sobre la comida y, si bien, intenté mantener las formas, me costó muchísimo: estaba muerta de hambre.

—Está todo riquísimo —dije tragando un trozo de pescado.

La anciana sonrió satisfecha.

—Da gusto verte comer con tanto apetito. Cuando acabes, trazaremos un plan para pararles los pies a esos hombres... y también tenemos que hablar de lo que pretendes hacer con el Ubu... Porque imagino que los Black tenéis vuestros propios planes para ese espíritu maldito —finalizó con suspicacia.

—Cuando dice «pararles los pies»..., ¿a qué se refiere exactamente? —quise saber—. Me refiero... ¿Piensan matarlos?

—No, niña, no matamos por eso. Contamos con tecnología para borrarles la memoria y eso es lo que haremos. Aparecerán dentro de unos días vagando por algún lugar cercano a la capital, donde podrán ser rescatados... Si la selva no acaba con ellos antes, claro.

—¿Y su avión? Alguien terminará por darse cuenta de que esos hombres no han vuelto a por él.

—No nos preocupa. Ya decidirá alguien qué hacer con él. No será nuestro problema. —Hizo una pausa antes de continuar—. Ahora, cuéntame qué quieres hacer tú con el Ubu.

—Pretendo llevármelo y conservarlo encerrado en la Galería de los Secretos, en la Mansión Black. Es uno de los lugares más seguros del mundo. Nadie podrá sacarlo de allí jamás. Ni aunque la mansión quedase abandonada. Dentro de la galería, hay cámaras infranqueables en las que guardamos los objetos más peligrosos... Y el Ubu es uno de ellos.

La anciana meditó durante varios minutos. Yo no la interrumpí. Finalmente, asintió.

—De acuerdo, puedes llevártelo. El templo ya no es seguro. Ya has visto los pocos que somos... Nos estamos extinguiendo, forastera. Nuestros jóvenes no han podido salir de aquí durante siglos por miedo a que el Ubu quede libre. No hay futuro para nosotros... Y los *mokomboso* no son mucho más numerosos que nosotros... Cuando hayamos desaparecido, será cuestión de tiempo que alguien alcance el templo y supere sus trampas... Y, entonces...

—Dejó la frase en el aire, pero entendí a la perfección lo que quería decirme.

—Los Black lo protegeremos, se lo prometo, Gu —dije en apenas un susurro—. Jamás escaparé.

Aquella tribu era consciente de que tenía los días contados y lo habían aceptado. Por lo visto, en un planeta tan grande, ya no había hueco para gente como ellos.

Era muy triste.

Unos minutos después, llegó un muchacho. No debía de ser mucho mayor que yo y le dijo algo a Gu al oído. La anciana me miró con gesto serio y yo dejé de masticar. Me di cuenta de que estaba en tensión, pendiente de ella. Por la mueca en su rostro, yo estaba bastante segura de que no estaba recibiendo las mejores noticias del universo.

Por fin el chico se separó de ella, salió de la cabaña y se quedó junto a la puerta esperando órdenes.

—Los problemas han llegado demasiado pronto —dijo la anciana cuando yo creía que no podía más con la inquietud—. Ha saltado una de las alarmas del perímetro. Hemos enviado un dron, pero no ha encontrado nada... Tendremos que enviar una patrulla.

—No, espere —pedí alzando una mano y tragando el último trozo de fruta—. Permítame que vaya yo. Si son los *mokomboso*, soy muy veloz, puedo superarlos con facilidad... Y, si son los hombres de Dagon, puedo seguirlos sin ponerme en peligro. Sólo tengo que subirme a un árbol y avanzar de rama en rama.

Gu afiló la mirada y guardó silencio unos instantes, meditando sobre lo que acababa de decirle.

—Creo que tienes razón —aceptó por fin—, pero no dejaré que vayas sola. Olu te acompañará. ¡Olu! —llamó. El joven volvió a entrar—. Tomarás la poción y la acompañarás. —El joven asintió sin decir nada más y volvió a salir—. Ve con él, Amanda. —Era la primera vez que la anciana me llamaba por mi nombre—. Él te guiará.

Salí de la cabaña y saludé a Olu, que resultó ser mucho más risueño de lo que me había parecido en la choza.

—Hola, Olu, soy Amanda —me presenté tendiéndole la mano.

—Ah, este tipo de saludo lo he visto mil veces, pero nunca lo había hecho —replicó estrechándome la mano con fuerza. Acompañó el gesto con una sonrisa amplia y llena de dientes blanquísimos que se me contagió casi sin querer—. Ahora, ven conmigo. Vas a ver algo increíble.

Lo seguí por la aldea. El poblado no era muy grande, habría unas cincuenta o sesenta cabañas. Se encontraba rodeado por una empalizada de troncos, muy gruesos y muy altos, acabados en punta. Un camino central, cortado por un río sobre el que había un puente de madera, separaba las chozas formando una especie de calle principal por la que los guerreros leopardo caminaban, cada uno dedicado a sus labores. Unos llevaban madera a la cabaña que servía como cocina; otros, cargaban agua desde el río. También vi a un grupo que entrenaba con sus armas en una zona vallada que quedaba a mi izquierda. En general, todos parecían ocupados con algo.

Durante el recorrido, pude ver unas cuantas chozas algo más grandes que las demás. Dentro de ellas grupos de niños atendían a las explicaciones de quienes parecían profesores. Debía de tratarse de un colegio y sus diferentes aulas. Detrás del colegio, había una cabaña bastante amplia que Olu me explicó que era un templo dedicado a los dioses de la tribu. Por fin llegamos hasta una pequeña cabaña situada un poco apartada de las demás.

Mi compañero entró en ella y me pidió que lo imitase.

El interior era oscuro y fresco. Por las ventanas, en las que unas persianas de madera evitaban que entrase el calor, se colaban unos escasos rayos de sol en cuyos haces danzaban con pereza motas brillantes. En el centro de la estancia, destacaba un horno circular hecho con rocas apiladas sobre el cual reposaba una olla de hierro negro casi tan grande como yo. Bajo ella chisporroteaba un fuego del que emanaba un humo azulado y aromático, era un perfume boscoso y casi mágico. En el techo, justo encima del horno, había un tragaluz que servía para que el humo abandonase la cabaña a la vez que permitía que la luz natural iluminase el entorno.

Las paredes estaban repletas de estantes curvos de madera color oscuro en los que descansaban tarros de cristal, metal o madera,

platos con hierbas y flores secas y recipientes con lo que parecían partes de insectos. Frente a uno de ellos se encontraba un hombre de larga barba canosa y cabellos largos, muy anciano, los ojos apenas visibles entre los pliegues de la piel. Vestía una túnica marrón, larga hasta los pies, sobre la cual llevaba el mismo tipo de armadura de metal y madera que ya había visto a otros miembros de la tribu; no obstante, aquel hombre no tenía aspecto de guerrero.

—Amanda, te presento a Calio, nuestro chamán. —Estreché la mano del hombre—. Calio, me envía Gu. Tengo que tomar la poción para cumplir una misión, pero ya no me queda, ¿me puedes dar un odre?

El anciano lo miró con una mueca divertida en la boca.

—Claro, claro —resopló por fin con una risa suave—. ¡Has bebido demasiada este mes, Olu! Te doy lo justo para hoy, tienes que aprender a transformarte sin ayuda de la poción. ¿Tu amiga también querrá?



—¿Yo? —pregunté—. No tengo ni idea de qué es esa poción...

—Ah, forastera, esta poción consigue que nuestros jóvenes se conviertan en leopardo... Por lo menos, hasta que lo consiguen sin ayuda de ella. —Se acercó y me apoyó una mano nudosa en el hombro—. Gu nos ha comunicado quién eres y nos ha pedido que te tratemos como a una más. La poción es totalmente segura. Si quieres, puedes probarla tú también. A ti el efecto te durará sólo unas horas por ser forastera.

Así que aquélla era la famosa poción, pero por lo visto sólo la necesitaban hasta que aprendían a transformarse por sí mismos.

Dudé unos instantes antes de decidir que, por mucho que me apeteciese, era mejor no tomarla. Si la alarma del perímetro había saltado por culpa de los hombres de Dagon, prefería conservar mi forma para seguirlos.

—No —resoplé con fastidio—. Creo que es mejor que uno de los dos siga manteniendo su forma humana, no sabemos qué vamos a encontrarnos en la jungla.

—Muy sensata, joven, muy sensata —sonrió Calio asintiendo—. Podrás probarla en otro momento. Vamos, marchaos ya. Cuanto antes averigüéis qué sucede, antes podréis volver. Pronto oscurecerá.

—Una última pregunta —le pedí al hombre. Recordaba haber leído no sé qué de una piedra para recuperar la forma humana—. ¿Cómo volvéis a ser humanos tras transformaros?

—Ah, sólo necesitamos desearlo. Aquellos que todavía no dominan el proceso, los que se transforman con la poción, tienen que bañarse en la fuente de la piedra de la luna —replicó el hombre con naturalidad—. Está justo detrás de esta choza. Venga, marchaos, se está haciendo tarde.

—¡Muchas gracias! —exclamó Olu a la vez que salía de la cabaña—. ¡Sígueme, Amanda! ¡Adiós, Calio!

El hombre me acompañó a la puerta y se quedó en ella agitando la mano mientras Olu y yo caminábamos hacia la puerta de la empalizada. La atravesamos y comenzamos a dejar atrás la aldea.

—Olu, ¿puedo preguntarte desde cuándo os transformáis en leopardos? —dije—. O sea, ¿cómo es que podéis hacerlo?

Olu se rascó la cabeza y me miró con los ojos entornados, haciendo memoria.

—En el colegio nos contaron que fue una bendición de los dioses de la aldea para ayudarnos a proteger el templo del Ubu —comenzó a explicar el muchacho—. Del mismo modo que los *mokomboso* podían ir y venir por la jungla con seguridad, ya que son sobre todo gorilas. Los dioses quisieron que nosotros también pudiésemos movernos por la selva sin peligro... Desde luego, ser un leopardo resulta muy útil para ver sin ser vistos y para acechar y cazar. —Se encogió de hombros—. No sé cuánto hay de cierto en todo esto,

desde que tengo memoria los adultos se han transformado en leopardos... Y los jóvenes es cuestión de tiempo que aprendamos a hacerlo sin necesidad de la poción.

Poco después, llegamos a un pequeño claro rodeado de árboles cuyas copas se perdían en la altura.

—Vale, no te asustes —me pidió Olu—. A pesar de convertirme en leopardo, no voy a atacarte, creo... Sólo he atacado un par de veces..., y, si me hablas, te entenderé, pero no podré contestarte... No podemos hablar cuando nos transformamos...

—Entendido... ¿Te dolerá? —quise saber.

—Un poco, pero es tolerable, enseguida pasa. —Alzó el odre, le quitó el tapón y se bebió el contenido de un trago—. ¡Salud! —dijo antes de darse media vuelta y ocultarse detrás de unos árboles.

—Salud —dije al vacío que había dejado Olu frente a mí.

Poco después, un gruñido profundo y vibrante me llegó desde el lugar en el que había desaparecido mi nuevo amigo.

Un leopardo enorme salió de entre la espesura. Su paso era lento y sus movimientos, elegantes. Continuó acercándose a mí sin quitarme los ojos de encima. De nuevo, un gruñido bajo salió de la boca entreabierta. Era capaz de ver los colmillos, blancos, relucientes, afilados.

El «creo» de Olu resonó en mis oídos.

En breve averiguaría si iba a convertirme en comida para gatos o podría seguir respirando un día más.

9

El leopardo avanzó unos pasos más y se lanzó sin previo aviso sobre mí. Fue tan veloz que no me dio tiempo a reaccionar.

En un momento estaba de pie y, una décima de segundo después, había dado con mi culo en el suelo y tenía un gato enorme lamiéndome la cara.

—Vale, vale. —Reí apartándolo de mí—. Qué susto me has dado. He pensado que ibas a comerme. —Me levanté del suelo sacudiéndome el fondillo del mono y todavía riéndome de lo tonta que había sido—. Venga, pongámonos en marcha.

El leopardo avanzó hasta poner la cabezota debajo de mi mano.

Me pedía unas caricias.

Estaba claro que era un gato, muy grande, sí, pero gato al fin y al cabo.

Le rasqué la cabeza y detrás de las orejas durante unos momentos, no demasiado, teníamos que comprobar qué era lo que había hecho saltar las alarmas.

Caminamos un buen rato por la jungla. Olu me guiaba hacia la imaginaria línea que marcaba la frontera entre los territorios de ambas tribus. Caminaba unos pasos por delante sin hacer ni el más leve sonido. Sus patas debían de estar hechas de nubes, porque aquello no era normal. Ni yo, con todos mis poderes Black, era capaz de ser TAN silenciosa. Y yo era MUY silenciosa.

Poco después, Olu se dio la vuelta impidiéndome que continuase avanzando. Lo entendí a la primera: estábamos llegando.

Escuchamos una voz, apenas un murmullo, pero aquello era una voz humana, de eso estaba segura. Sonaba todavía lejana, pero,

poco a poco, se iba acercando al lugar en el que nos encontrábamos nosotros.

Olu miró un árbol situado a mi espalda y, a continuación, se dio media vuelta para mirar al frente. Tampoco necesité más traducción, entendí a la perfección lo que me estaba pidiendo: quería que trepase y lo siguiese desde arriba mientras él avanzaba por el suelo.

Obedecí en silencio.

Cuando estuve entre las ramas, el leopardo echó a andar de nuevo, aproximándose a la voz, que poco después, dejamos de escuchar. Salté al árbol más cercano a su posición. Desde donde estaba, pude escuchar crujidos de ramas partiéndose y pasos unos metros por delante. Desde luego, a quien quiera que fuese no le preocupaba mucho pasar desapercibido.

Casi nos habían alcanzado.

Vi a Olu en el suelo, oculto tras un tronco vencido en alguna tormenta o por el paso de los años. Miraba al lugar del que procedían los chasquidos y crujidos sin apartar los ojos. Muy concentrado, listo para reaccionar al más leve signo de peligro.

De repente, unas ramas comenzaron a moverse justo delante de mi acompañante, abriéndose y dando paso a un gorila. Era pequeño, no muy alto, parecía joven.

El hocico de Olu se arrugó enseñando los dientes, si bien el gorila ni se había dado cuenta todavía de la amenaza que comenzaba a dejar a su espalda. Las patas traseras se flexionaron, preparándose para el salto que acabaría con la vida del primate.

En ese momento, ocurrieron varias cosas a la vez.

Primero escuché una voz que decía:

—¿Seguro que es por aquí?

Olu saltó hacia el gorila.

Las ramas y hojas volvieron a abrirse y yo vi algo.

O, mejor dicho, vi a alguien.

—¡Eric! —grité y me lancé desde la rama en la que me encontraba. Caí al suelo justo para encontrarme las fauces del leopardo abiertas, llenas de colmillos, hambrientas de sangre... Y a apenas dos centímetros de mi rostro—. ¡No! ¡Olu! ¡Es mi amigo!

El animal emitió un sonido que no terminaba de decidirse entre el gruñido y el rugido y que en mis oídos sonó a frustración. Mientras, a mi espalda, el gorila intentaba alcanzar al leopardo.

—¡No! —Fue el turno de Eric de detener a su acompañante. Pasó corriendo a mi lado y comenzó a tironear del gorila intentando separarlo de mí—. ¡No! —repitió—. ¡Para, Izara! ¡Es mi amiga!

Poco a poco, ambos animales comenzaron a tranquilizarse, aunque continuaban lanzándose miradas poco amistosas... Aunque, siendo sincera, tendría que decir que se miraban como si quisieran matarse, que era exactamente lo que les sucedía.



—Olu, prométeme que no vas a hacerle nada al gorila —le pedí.

—La gorila, la gorila —aclaró Eric.

—Vale, la gorila. Olu, prométemelo. —El leopardo alzó la pata derecha y resopló.

—Izara, ahora promételo tú. —Izara gruñó y se sentó en el suelo sin querer mirar a Eric—. Promételo —insistió mi amigo tendiéndole la mano—. Ella suspiró y se la estrechó de mala gana—. Vale, muchas gracias.

Por fin pude acercarme a mi amigo y darle el abrazo más fuerte y apretado que le había dado nunca.

—¡Pensé que te había perdido! —exclamé con un nudo en la garganta. Ahora que había encontrado a Eric, todas las emociones que había estado reprimiendo hasta ese momento salieron a la luz. Por mis mejillas empezaron a resbalar lágrimas de alivio—. Estaba muerta de miedo pensando que nunca volvería a verte.

—¡Qué fuerte! Yo pensaba que tú te habías matado... —replicó él apretando más el abrazo—. Cuando el avión se partió, tú no llevabas

el paracaídas puesto. ¡No vuelvas a darme un susto así!

Por fin nos separamos y vimos a Olu y a Izara, ambos con la mirada fija en nosotros.

—¿Qué? —preguntó Eric a la gorila— ¿Qué pasa? —Izara se acercó a nosotros y dijo algo que no entendí, ya que mi traductor no estaba encendido—. Vale, dice que, ya que nos hemos reencontrado, debe regresar a su poblado. Ha traspasado las tierras de los hombres leopardo y los *mokomboso* no hacen nunca eso.

—¡No! ¡Espera! —pedí tras encender mi traductor y girar la rueda hasta su idioma—. ¿Habéis visto a unos hombres en vuestras tierras? ¡Hay unos hombres! Tenéis que evitar que sigan avanzando, se dirigen al templo del Ubu... ¡No deben alcanzarlo!

—Eso no es posible —dijo ella—. Nuestras fronteras están siempre vigiladas... No es posible. Debo volver cuanto antes y poner a mi tribu sobre aviso.

Eric sacó un auricular de su mochila y se lo entregó a Izara.

—Toma esto. Si nos necesitas, sólo tienes que ponértelo en la oreja, así como yo —señaló su oído— y hablar. Podré escucharte y acudiremos en tu ayuda enseguida. Si ves a esos hombres, por favor dínoslo. Tenemos que detenerlos como sea.

—Si no conseguimos pararlos antes de que lleguen a las tierras de los hombres leopardo, los *mokomboso* no podremos hacer nada... —La gorila me miró—. Nunca entramos aquí —explicó—. Hoy he hecho una excepción por tu amigo, estaba muy preocupado por ti, pero los hombres leopardo son muy violentos.

—No, no son violentos. —Olu rugió a nuestra espalda. Más que entenderlo, que no podía porque no tenía traductor, había adivinado lo que habíamos dicho—. ¡Olu! ¡Eso no ayuda! —exclamé por encima de mi hombro—. No, no lo son, en serio. Ellos creen que vosotros sois los violentos. De hecho, me dijeron que, si Eric había caído en vuestras tierras, ya podía darlo por muerto.

—¿Le hemos hecho daño? —preguntó ella conteniendo el enfado.

—No... No, por eso mismo, creo que todos estáis muy equivocados en cuanto a vuestros vecinos...

—Da igual —me interrumpió—. Yo no debo estar aquí. Si os necesito, os llamaré.

Dicho esto, se dio media vuelta y se alejó por la jungla en dirección a su aldea.

—Olu —llamé—. Necesitamos que nos guíes a lo largo de la frontera. Si los *mokomboso* no han visto a los hombres de Dagon, quizá se encuentren en vuestras tierras. Debemos comprobarlo.

No tuvimos que buscar mucho. Apenas un kilómetro al norte, encontramos numerosas ramas rotas —los mercenarios habían ido abriendo un camino a machetazos—, además de abundantes huellas de botas en el barro.

Era un hecho, aquellos hombres estaban cerca.

No podíamos perder tiempo.

—Vuelve a casa y cuéntale a Gu lo que ha pasado —pedí al leopardo—. Dile que se prepare para la lucha... No creo que podamos evitarla. Yo volveré a la aldea en cuanto sepa algo más. ¡Corre!

El leopardo se alejó a la carrera sin mirar atrás. Enseguida lo perdimos de vista, puesto que la noche ya había caído sobre nosotros.

—¿Cómo era la aldea de los *mokomboso*? —le pregunté a Eric cuando llevábamos un rato andando. Sentía muchísima curiosidad por aquellos gorilas con la capacidad de hablar. Vale que su idioma no era algo comprensible para mí, pero, no sabía cómo, Benson había conseguido hacer un traductor y eso sólo quería decir que tenían una gramática, una semántica y todas esas cosas que hacen falta para tener un lenguaje.

—Había chozas y árboles, y algunas chozas en los árboles. Muy bonita, era como si, de repente, la selva se hubiese convertido en un lugar habitable.

—¿En los árboles? —me extrañé—. Los gorilas no viven en los árboles.

—Ya, pero entre los miembros de la tribu hay también chimpancés, orangutanes y monos araña, que no son muy grandes, pero sí muy ágiles... Es como una comunidad que se encuentra al margen de todo... Al principio, me asusté mucho, pero luego vi que lo único que quieren es proteger el templo y vivir en paz.

Eric me contó que la mayor parte de las chozas y cabañas estaban excavadas en el interior de los troncos de los árboles. Contaban con puertas y ventanas redondas y eran cómodas y acogedoras, si bien no tenían ningún tipo de tecnología: ni luz eléctrica ni cuartos de baño ni nada de eso. En el centro del poblado, había un árbol grande y alto como un rascacielos. Por la descripción que hizo mi amigo, me pareció que debía de ser como el árbol contra el que yo había terminado chocando con el avión. Alrededor de su tronco ascendía una escalera de madera en espiral y, a los lados de ésta, también de manera ascendente, había plataformas redondas, también construidas en madera, con techos de hojas que se sostenían gracias a unas columnas talladas con motivos florales. En aquellas plataformas, no sólo vivían muchos de los habitantes de la aldea, sino que además había un pequeño hospital rudimentario, una escuela, un templo, los almacenes de alimentos —las cocinas se encontraban en una de las chozas del suelo por aquello de no prenderle fuego al árbol a la hora de cocinar—, los almacenes de armas —casi todo eran lanzas— y, en lo más alto de aquel árbol eterno, una plataforma de observación.

—¿Y todos hablan el mismo idioma? —quise saber.

—Eso parece, al menos el traductor ha funcionado a la perfección con todos aquellos con los que he hablado. Y he hablado con muchos. Son muy amistosos, pero me hicieron prometer que, si me ayudaban, nunca desvelaría nada sobre ellos.

Asentí en silencio, todavía meditando sobre lo que acababa de escuchar. Me resultaba sorprendente que, en medio de aquella selva, pudiese haber surgido una tribu formada por distintas especies de primates y que todos compartiesen idioma y costumbres. Era algo que muchos científicos querrían estudiar... Pero, si dependía de nosotros, nunca nadie sabría de su existencia.

Eric y yo continuamos avanzando por la selva en la oscuridad.

10

Caminábamos despacio, prestando atención a los sonidos de la noche. Pronto comenzamos a distinguir el ruido de pequeños roedores que corrían a esconderse a nuestro paso, el crujir de las ramas y el susurro de las hojas mecidas por la brisa y, de vez en cuando, algún gruñido en la lejanía, por lo que no nos preocupamos demasiado.

No encendimos las linternas, ya que nuestra intención era ver nosotros a los hombres de Dagon y no al revés. Los haces de luz podrían haber delatado nuestra posición y, con ello, conseguir perder la que era nuestra única ventaja, que no era otra que el elemento sorpresa.

Mi intención era acercarme lo máximo posible a ellos, a poder ser sin que me viesen, averiguar cuántos eran, las armas con las que contaban y trazar un plan para, con la ayuda de los hombres leopardo, capturarlos.

Eric se detuvo.

—Shhh —susurró—. Para. Escucha —ordenó en voz muy baja.

Obedecí.

No muy lejos y a nuestra izquierda, oí voces. Charlaban tranquilos, sin temer ningún tipo de ataque. No llegamos a entender las palabras, pero el tono era inconfundible.

Por señas, le pedí a Eric que me esperase donde estaba. Me encaramé de un salto a un árbol y comencé a acercarme saltando de rama en rama. Me deslizaba entre las hojas como una sombra, a toda velocidad y sin hacer ni un sólo ruido. Llegué al lugar en el que estaban acampados en muy poco tiempo. Se trataba de un claro bastante amplio. Me tumbé bocabajo sobre una rama gruesa.

Eran unos cincuenta, hombres y mujeres, fuertes, curtidos, experimentados, lucían ropas de camuflaje y, por lo que veía, tenían un equipo envidiable. Contaban con todo tipo de armas y no sólo eso, había unos cuantos entrenando y sus técnicas de combate eran de las mejores que había visto nunca.

Eran demasiados.

Los hombres leopardo no tenían mucho que hacer contra ellos y, si bien Gu me había dicho que no pensaban matarlos, no tenía tan claro lo contrario. Si nos enfrentábamos a aquellos mercenarios, iban a perderse muchas vidas.

No podía consentirlo.

Necesitábamos a los *mokomboso* si queríamos detenerlos.

Regresé hasta el lugar en el que me esperaba Eric y lo puse al corriente de todo.

Ambos corrimos por la jungla en dirección a la aldea de los hombres leopardo. Yo iba delante, escuchando a mi espalda las pisadas de Eric intentando seguir mi ritmo. No nos llevó demasiado llegar y, cuando lo hicimos, vimos que el poblado ya se había puesto en marcha. Tal y como le había pedido, Olu había dado la voz de alarma y ahora, hombres y mujeres, corrían de un lado para otro preparándose para la batalla.

—¿Dónde está Gu? —pregunté casi sin aliento a una mujer que pasó por delante de mí—. ¿Dónde está? Necesito hablar con ella cuanto antes.

La guerrera señaló a una cabaña unos metros más allá. Di las gracias y eché a correr de nuevo. Cuando llegué a la choza, ni siquiera me detuve, abrí la puerta sin llamar.

—¡Gu! ¡Gu! —grité al entrar—. ¡Gu! ¡Tienes que parar a tus hombres! ¡Los van a masacrar!

La anciana me miró con tristeza antes de responder.

—Lo sé, forastera, pero tenemos que intentarlo, es nuestro deber...

—¡No! No lo entiendes. Si os enfrentáis a ellos vosotros solos, os van a matar. Tienen muchísimas armas... —Eric entró en la estancia en aquel momento—. Sin embargo, si trabajáis con los *mokomboso*,

puede que tengamos una oportunidad. Tengo un plan. ¡Díselo, Eric! Dile que no son violentos. Dile que...

—Eso no importa —interrumpió Gu alzando la mano—. Mis hombres los temen demasiado, nunca más nos hemos atrevido a traspasar sus tierras. La única vez que lo intentamos, varios de nuestros hombres murieron. Tampoco ellos entran jamás en nuestro territorio, saben que el precio a pagar se calcula también en vidas... Además, no tenemos tiempo como para conseguir que trabajemos juntos. Debemos actuar cuanto antes.

—Entonces, permitidme que os ayude —casi rogué. Temía que, si no hacía nada, aquellos hombres y mujeres morirían—. Son demasiados y están bien preparados. Lo único que juega a vuestro favor es el elemento sorpresa, pero, si los guardas dan la voz de alarma, estaréis perdidos. Vosotros esperaréis en los alrededores del campamento. Rodeándolo. Yo los eliminaré, los dejaré fuera de combate. Sólo entonces atacaréis vosotros. —La miré con una súplica en el rostro. No quería que les sucediese nada malo.

Gu asintió y sonrió.

—De acuerdo, forastera. Eso sí puedo concedértelo... Y gracias por tu ayuda.

—Vale. Eric —llamé—, necesitaré que con tu dron localices a todos los mercenarios que estén de guardia. Yo iré deshaciéndome de ellos uno a uno. —Miré a la anciana—. Cuando no queden vigilantes, tus guerreros esperarán mi señal y atacarán desde todos los flancos a la vez. Proporcionales las mejores armaduras que tengáis... Y escudos... escudos también, porque, aunque pillemos por sorpresa a los hombres de Dagon... —Chasqueé la lengua y negué con la cabeza—. Aunque los pillemos por sorpresa, me temo lo peor.

Partimos del poblado no mucho después. La tribu avanzaba en completo silencio, no se escuchaba ni el crujir de una rama. Algunos se habían transformado en leopardos de aspecto fiero y agresivo, también protegidos por armaduras de dos piezas que les cubrían: una, desde el pecho hasta la barriga y la otra, desde la cabeza hasta la parte trasera del lomo. Las dos se ataban en ambos laterales con correas de cuero gruesas y resistentes. Los que mantenían su forma humana no resultaban menos feroces. Sus rostros, casi ocultos por los cascos, lucían gestos huraños de ceños fruncidos y dientes apretados. Los cuerpos estaban cubiertos por completo por armaduras de cuero, madera y metal e iban armados hasta los dientes: lanzas, espadas, arcos, hachas, machetes... De todo, pero ningún arma de fuego.

Y eso me preocupaba.

Ninguna lanza es más rápida que una bala.

Cuando estuvimos muy cerca del campamento, como a unos treinta metros, levanté el puño y todos se detuvieron a mi espalda, esperando mis órdenes.

—Eric —susurré en su oído—. Tu turno.

Mi amigo sacó de la mochila su dispositivo y el dron, hizo unos ajustes en el segundo y tecleó unos comandos en el primero. El dron con forma de pájaro despegó. En la pantalla vimos como el robot avanzaba esquivando árboles y ramas hasta situarse justo encima de los hombres de Dagon. Sobrevoló el área en círculos de modo que yo pudiese situar a los guardias. Vi uno en cada punto cardinal, el resto dormía alrededor de una fogata, con sus armas cerca.

Por señas, indiqué a los guerreros que comenzasen a aproximarse al lugar, ocultándose entre las sombras de la noche. Obedecieron al momento. Algunos se dirigieron a la izquierda, otros a la derecha, distribuyéndose por todo el perímetro, rodeando poco a poco a los mercenarios sin que éstos se diesen ni cuenta. No atacarían hasta que yo no hubiese eliminado la amenaza de los vigilantes mandándoles al reino de los sueños con mis dardos tranquilizantes. En silencio, le di las gracias a Benson por haberlos incluido en mi equipo.

El dron se posó en un árbol cercano de modo que pudiésemos continuar vigilando la zona. Si alguno de los que dormían despertaba, Eric me avisaría; de lo contrario, cuando los vigilantes estuviesen fuera de juego, Gu daría la orden de atacar.

Trepé a un árbol y comencé a acercarme saltando de uno a otro, empezaba a acostumbrarme a avanzar por los árboles. Cuando llegué al campamento, observé a los hombres que dormían. Durante unos segundos, vigilé cualquier movimiento que pudiesen hacer. No se movieron. A continuación, me fijé en los guardias. Cuatro apostados alrededor de los durmientes: el más cercano a mí miraba el móvil, a mí derecha otro parecía estar luchando contra sus párpados apoyado en el tronco de un árbol no muy lejano a mi posición, el tercero estaba muy ocupado limpiándose las uñas con un cuchillo y el cuarto miraba a la oscuridad dando la espalda a sus compañeros. Bien, mientras siguiese así, no sería problema, por lo que decidí que aquel hombre sería la última de mis víctimas.

Abrí mi mochila y saqué la pistola de dardos tranquilizantes.

Apunté y disparé al que parecía dormitar apoyado en un tronco. Vi como su cuerpo se relajaba sin que ninguno de los otros se diese cuenta.

Salté al suelo y me aproximé al siguiente, el del cuchillo. Si ése se aburría, podía mirar a su alrededor y eso no me convenía mucho. Desde un arbusto observé unos segundos a los otros dos: uno seguía ensimismado con el móvil y el otro miraba hacia la selva.

Sí, el del cuchillo era el más lógico.

Me acerqué hasta situarme a su espalda y disparé la pistola. El dardo fue a clavársele en el culo.

Dio un traspié y cayó hacia atrás dormido. Me acerqué y lo recogí antes de que golpease el suelo. Lo dejé apoyado en un árbol y me alejé entre la maleza a por el siguiente: Don Móvil.

Ése fue muy fácil, no sé qué estaría viendo, pero debía de ser muy interesante, porque le disparé desde varios metros de distancia y vi como se desplomaba hacia atrás, atrapado en los brazos de Morfeo.

Quedaba uno.

Alcé la vista buscándolo con la mirada.

En cuanto lo localicé, supe lo que iba a pasar: había comenzado a volverse. Si le permitía completar ese giro, vería a sus compañeros dormidos y sabría que algo iba mal.

Contaba con apenas unos segundos antes de que diese la alarma.

A partir de ese momento, todo sucedió como a cámara lenta.

Alcé la pistola de dardos para dispararle mientras su gesto cambiaba a una velocidad asombrosa, primero pasó de la placidez a la sorpresa para, a continuación, convertirse en determinación.

Apreté el gatillo sin apuntar apenas y vi como el dardo salía del cañón y se aproximaba a su objetivo, al mismo tiempo que la boca del hombre comenzaba a abrirse.

El dardo impactó en su pecho, pero el grito ya había comenzado a salir de su boca.

Cuando cayó al suelo, el resto de sus compañeros ya estaban despertándose mientras se preguntaban qué sucedía.

Era ahora o nunca.

Comencé a disparar el resto de los dardos —me quedaban seis en el cargador, después tendría que recargar y no creía tener tiempo para ello—, pretendía dejar fuera de combate a seis mercenarios más, ya era tarde para hacer ninguna otra cosa.

El campamento entero había despertado.

Y estaban listos para la batalla.

11

Escuché un grito. Salió de la espesura a mi espalda y, de repente, la selva retumbó con el ataque de los guerreros y guerreras leopardo. Cargaron todos a la vez inundando el campamento como una riada. Por suerte, muchos de los mercenarios apenas habían tenido tiempo de despertarse y mucho menos de llegar a sus armas; éstos cayeron desmayados en cuanto fueron alcanzados por los rayos lanzados por las armas de la tribu.

El resto... El resto sí consiguieron llegar a sus armas de fuego y comenzaron a disparar.

Yo descargué sobre los hombres de Dagon los seis dardos tranquilizantes que me quedaban y después avancé por el campo de batalla en el que se había convertido el campamento esquivando ataques, intentando que ninguno de los miembros de la tribu resultase herido de muerte.



Vi a uno de los mercenarios que levantaba su rifle y seguí la trayectoria. Apuntaba a uno de los guerreros, uno de los que se había convertido en leopardo. Corrí a toda velocidad hacia el hombre y lo derribé de un empujón. El disparo se perdió en la noche. El leopardo se dio cuenta y se lanzó sobre su atacante hasta quedar encima de él, los dientes afilados y brillantes a pocos centímetros de su rostro. Aun así, aquel hombre no se dio por vencido, sacó un cuchillo de su cintura y se lo clavó al animal en un costado... O intentó clavárselo, porque la armadura que llevaba impidió que el filo mordiese la carne.

Me puse en pie de un salto y le di primero una patada y, a continuación, un pisotón a la mano del cuchillo, haciendo que el hombre lo soltase. Después, con otra patada, mandé el machete unos metros más allá, donde no pudiese hacerle daño a nadie.

Miré a mi alrededor buscando algo con lo que neutralizar a aquel hombre, pero no vi nada.

—Genial —mascullé. A toda prisa abrí mi mochila y rebusqué en su interior un nuevo cargador para la pistola de dardos. Lo coloqué en su sitio, apunté y apreté el gatillo—. Ya está, éste no te va a molestar más —gruñí mirando al leopardo, que inclinó la cabeza en algo que me pareció una reverencia y saltó alejándose.

La batalla no duró mucho más. Los mercenarios, tras la confusión inicial, consiguieron agruparse en el centro del campamento, formaron un círculo apretado, las armas apuntando alrededor. Ya no había nada que hacer: si volvíamos a atacar, moriríamos atravesados por las balas.

Por suerte, Gu había previsto que algo así sucediese y había formado un equipo al que había ordenado capturar inmediatamente a todos los caídos. Sabía que no habría oportunidad de hacerlo después.

Y sus hombres habían cumplido la orden a la perfección.

—¡Replegaos! —ordenó la anciana.

Los guerreros se perdieron en la jungla en apenas unos segundos, se marcharon sin dejar rastro de su presencia. Los heridos fueron ayudados por sus compañeros para que los hombres de Dagon no pudiesen interrogar a nadie. Los hombres leopardo nunca dejaban a un compañero atrás y tampoco querían darles la oportunidad a los mercenarios de encontrar el poblado.

Yo me alejé siguiendo a la anciana hasta el lugar en el que me esperaba Eric. Cuando llegamos, él estaba guardando su dron en la mochila. Se puso en pie nada más vernos y nos siguió en silencio.

Caminamos en la oscuridad en dirección a la aldea de los hombres leopardo. Poco a poco, los guerreros que se habían dispersado tras la orden de replegarse, fueron reuniéndose a nuestra espalda. Miré por encima del hombro para comprobar el estado de aquellos hombres y mujeres.

Lo que vi me partió el corazón: había numerosos heridos de la tribu.

Una vez en la aldea, todos ellos fueron atendidos. Mientras, Gu, Eric y yo mantuvimos una reunión de emergencia en la cabaña de la mujer. A ella asistió también Calio, el chamán.

—¿Cuántos heridos hay? —pregunté nada más llegar a la cabaña.

—Son quince —replicó Calio—. Uno de ellos está muy grave. La sanadora no sabe si sobrevivirá, la primera noche es fundamental.

—¿Algún fallecido? —continué.

El anciano negó con la cabeza.

—¿Cuántos prisioneros? —quiso saber Eric.

—Hemos capturado a dieciocho mercenarios. —Esta vez fue Gu quien contestó.

—Siguen quedando treinta y dos —murmuró mi amigo casi para sí mismo—. Demasiados. Son demasiados.

—Gu, necesitamos a los *mokomboso* —dije acercándome a ella—. Pidámosles ayuda antes de que sea demasiado tarde. Tenemos que impedir que esos hombres lleguen al templo.

La anciana se dio media vuelta, dificultando que le viésemos el rostro. Necesitaba meditar sobre lo que acababa de decirle. Podía sentirse la tensión en el ambiente. Gu mantenía una lucha contra sí misma entre lo que creía que debía hacer y lo que quería hacer. Tras unos minutos de silencio, Calio habló:

—Gu, los forasteros tienen razón. Nadie va a juzgarte por pedir ayuda a los *mokomboso*.

Ella suspiró y se dio media vuelta para mirarnos de nuevo.

—Está bien. Iremos a verlos y hablaremos con ellos, pero uno de vosotros tendrá que venir conmigo. Tú —señaló a Eric—. A ti ya te conocen, creo que debes acompañarme tú. Y tú también, Calio, viejo amigo. Necesitaré tu sabiduría. En cuanto a ti... —Caminó hasta situarse frente a mí y clavó sus ojos en los míos—. A ti, joven forastera, te corresponde la parte más difícil. Esos hombres tardarán apenas unas horas en llegar al templo. No podemos impedirles que lleguen, pero podemos impedirles que se hagan con el Ubu. —Hizo una pausa antes de continuar, tal vez para darle mayor relevancia a sus palabras—. Tú has de adelantarte a ellos, hacerte con el

cartucho que contiene al espíritu y salir de allí. Debes impedir por todos los medios que consigan el cartucho en el que está preso.

—Claro, sin problema —dije encogiéndome de hombros—. No parece tan complicado, ¿no?

La anciana inclinó la cabeza y reprimió una sonrisa.

—Bueno, ese templo está lleno de trampas. Tendrás que sortearlas para evitar que esos hombres lleguen hasta el Ubu. No puedo decirte cómo superarlas porque ni nosotros ni los *mokomboso* lo sabemos. Eso fue cosa de los constructores, nosotros sólo nos dedicamos a proteger el templo. Pero sí puedo decirte que sólo unas cuantas personas han conseguido entrar en muchos siglos... y no lograron salir. Aun así, he de confiar en tus habilidades, por lo que sé sobre ti, creo que no nos decepcionarás —añadió guiñándome un ojo—. ¡Ah! Y una última cosa: no escuches la voz del Ubu, tratará de engañarte.

Se me escapó un resoplido al pensar que nunca, nunca, NUNCA, me tocaba la parte más fácil. Al contrario, siempre me tocaba lo más difícil. Supongo que era una de las «ventajas» de ser una Black y contar con fuerza, inteligencia, agilidad y velocidad fuera de lo común. Pero, yo qué sé. A veces me hubiese apetecido algo más sencillo, como ir a charlar con una tribu de gorilas que no eran tan fieros como nos los habían pintado, al contrario, parecían unas gentes bastante interesantes.

Pero no, me disponía a enfrentarme yo solita a unos peligrosos mercenarios deseosos de acabar conmigo y de liberar a un espíritu tan violento que era capaz de ponerle fin a la historia de toda la humanidad... Y eso sin olvidarme de las trampas mortales del templo en el que se encontraba dicho espíritu.

Eric se acercó a mí antes de que me marchase.

—¡Qué fuerte! —dijo—. Si quieres hablo con ella, creo que yo debería ir contigo.

—No, Eric, Gu tiene razón, es mejor que los acompañes —repliqué—. Los *mokomboso* te conocen. Si no vas tú, no escucharán lo que tengan que decir los hombres leopardo.

Mi amigo meditó durante unos segundos. Él sabía que la anciana tenía razón, pero no le hacía ninguna gracia que yo fuese sola.

Intentaba buscar alguna solución intermedia.

—Vale —aceptó por fin—, pero alguien podrá acompañarte, ¿no?

—Puedo preguntarle a Olu, el chico con el que estaba cuando nos encontramos... Bueno, en ese momento era un leopardo, pero en realidad es un chico, un humano... Aunque lo mejor sería ir sola. Es demasiado peligroso.

Asintió despacio, con cara de no estar del todo convencido.

—Sí, supongo que es mejor que vayas sola —aceptó por fin—. Ahora dame tu comunicador.

Extrañada, lo saqué de mi mochila donde lo había guardado al darlo por muerto y se lo tendí. Él hurgó unos segundos en él y, a continuación, lo sopló y asintió satisfecho.

—Lo que yo pensaba. Ahora debería funcionar a la perfección —comentó devolviéndomelo.

—¿Qué has hecho?

—Encenderlo. Debió de apagarse en el accidente, pero ya está arreglado. Ahora podemos hablar sin problemas estés donde estés.

Me lo puse en la oreja sintiéndome una auténtica idiota. En ningún momento se me había ocurrido comprobar que estuviese encendido.

Me acordé de algo más y fue mi turno de rebuscar en mi mochila.

—Dale esto a Gu... A Izara ya le hemos dado uno —pedí dándole mi traductor de repuesto—. Seguramente les vengan bien para entenderse entre ellas y coordinar la defensa del templo. Ah... Y llama a casa, estarán preocupados. Cuéntales todo lo que ha sucedido.

Mi amigo asintió.

Todavía tardamos un poco más en despedirnos. Los dos éramos reacios a separarnos, pero sabíamos que, dadas las circunstancias, era lo mejor. Si queríamos la ayuda de los *mokomboso*, no quedaba otro remedio: Eric era fundamental para conseguirla.

Cuando no pude retrasarlo más, di media vuelta y salí de la aldea en dirección al templo.

No me había alejado mucho cuando me volví para mirar una última vez a Eric. En su rostro vi el mismo gesto que intuía en el mío: la duda de si no sería aquella vez la última que nos veíamos.

12

Corrí por la jungla en dirección al templo.

La maleza me golpeaba en la cara según avanzaba debido a la velocidad a la que iba. Sentí un latigazo en el rostro y algo caliente que me resbalaba por la mejilla. Sin bajar el ritmo llevé la mano a la zona, algo dolorida, y vi que estaba manchada de sangre.

Un arañazo.

Pero, según mis cálculos, no moriría desangrada por aquel rasguño, por lo que ni siquiera me detuve.

No sabía por dónde irían los mercenarios, ni siquiera si me llevarían ventaja, sin embargo, podía equivocarme, pero estaba casi segura de que se habrían puesto en marcha tras el ataque a su campamento. Lo único que jugaba a mi favor era que yo podía avanzar a mayor velocidad que ellos. Tenía que llegar hasta el espíritu Ubu antes que los hombres de Dagon. Tenía que superar aquellas trampas antes que ellos y tenía que poner el cartucho que contenía el espíritu fuera de su alcance. A poder ser, en la Mansión Black; en concreto, en su sótano, en la Galería de los Secretos.

Miré mi reloj para comprobar que no me había salido de la ruta. Aquel reloj me lo había regalado la tía Paula al poco de que tomásemos posesión de la mansión, cuando descubrí quiénes éramos los Black y a qué nos dedicábamos... Y había resultado ser de lo más práctico, ya que con él podía seguir mapas, copiar archivos, descargar información y dar la hora... entre otras cosas, claro. Aquel reloj era maravilloso.

Pulsé la combinación de botones necesaria y frente a mis ojos se desplegó un mapa holográfico en tres dimensiones de la zona. Me encontraba bastante cerca del templo y no tenía más que seguir en

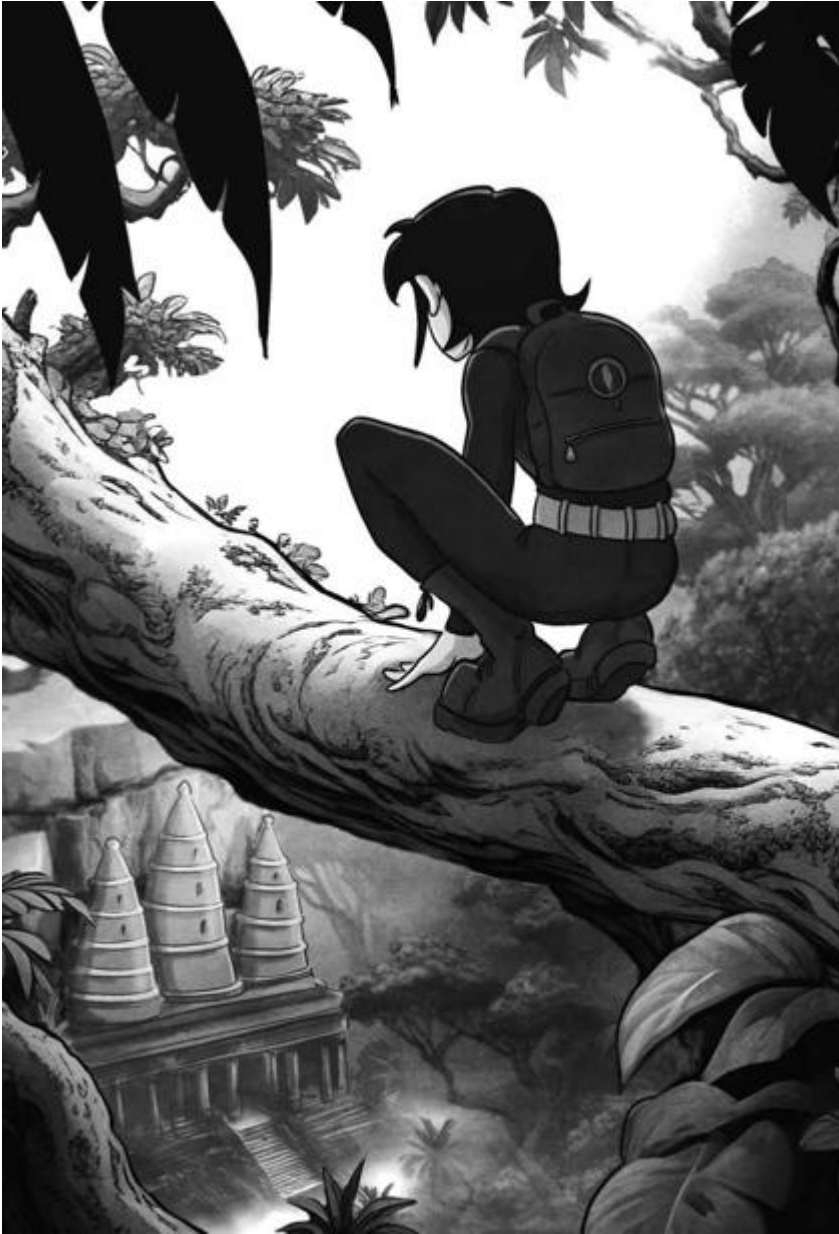
línea recta para alcanzarlo. Memorice el recorrido y pulsé una tecla para salir del mapa. En la pantalla apareció de nuevo la hora.

Abrí la mochila y me puse los guantes que nos había dado Benson para que resultase más sencillo trepar a los árboles. Si más adelante los necesitaba con urgencia, era mejor no perder tiempo poniéndomelos.

Trepé al árbol más cercano y comencé a avanzar por las ramas, saltando de árbol en árbol, ocultándome, sirviéndome de lianas para no caer al suelo y con el oído preparado por si escuchaba voces humanas, puesto que los únicos humanos que encontraría en aquel lugar serían los mercenarios.

No tuve que avanzar mucho para dar con el templo. Se alzaba silencioso, majestuoso y un poquito tétrico, frente a mí.

A su espalda, una pared de roca rojiza se perdía en la altura, mientras que en los laterales se encontraba abrazado y aprisionado por las raíces de los árboles cercanos, la vegetación era muy densa a su alrededor. Cualquiera que quisiera alcanzarlo tendría que luchar contra la selva para llegar a él, ya que en aquel lugar era espesa, oscura y siniestra, como si también ella estuviese vigilando al espíritu del interior, impidiendo que nadie lo alcanzase, protegiendo al mundo exterior del Ubu. Sólo en la parte delantera, en la de la entrada, se extendía un pequeño claro exento de vegetación.



El templo parecía construido en la misma roca rojiza del precipicio que se alzaba detrás de él. Los bloques de forma rectangular escalaban unos sobre otros formando una estructura con base también rectangular. En la parte superior, un friso tallado recorría todo el perímetro del edificio y, sobre él, se alzaban tres torres en forma de cono en cuyos laterales aparecían grabados de lo que parecían escenas de la selva. Desde mi posición no conseguía verlo con claridad, pero distinguía hojas de palmera y algunos animales en postura de ataque.

Bajo el friso se situaba la entrada: un portal con columnas que habían sido esculpidas para adoptar las formas de gorilas y leopardos que vigilaban los cuatro puntos cardinales. Los primeros sostenían una lanza en sus manos, los segundos se encontraban sentados y lucían las armaduras que yo ya conocía porque las había visto en acción hacía apenas unas horas.

El templo había sido reclamado por la vegetación selvática, que escalaba por sus muros tiñéndolos en diferentes tonos de verde, mezclado con el marrón de los tallos y raíces y otorgándole al lugar un aspecto adormecido, ominoso y silencioso. Y parecía llevar así muchos siglos.

Rodeé la construcción saltando de rama en rama, comprobando si los hombres de Dagon habían dado ya con el lugar, pero no encontré rastro de ellos. Lo que sí pude constatar fue el inmenso tamaño de aquella edificación. Por lo que parecía, la enorme estructura avanzaba adentrándose en la pared de roca que quedaba a su espalda... Y si todo eso estaba lleno de trampas... Bien, en ese caso, me iba a llevar muchísimo tiempo superarlas todas.

Por fin salté al suelo y me aproximé despacio, alerta, a la puerta principal.

Era de metal, probablemente bronce, o así me lo pareció, y gruesa. Muy muy gruesa. Estaba cubierta por una pátina también verdosa y constaba de varios paneles en los que se contaba la historia de la lucha de los hombres leopardo y los *mokomboso* contra el Ubu. Primero, el Ubu corría libre por la selva, después llegaba a una ciudad. En la siguiente, aparecían esqueletos en las calles de la ciudad con el rostro del espíritu maligno sobre ellos, riendo. En otra, aparecían los leopardos y lo perseguían de vuelta a la selva; a su derecha aparecían los gorilas que estrechaban el círculo arrinconándolo frente al templo y, por último, aparecían las puertas cerradas y una inscripción que no supe descifrar.

Di un paso atrás para ver mejor la altura de aquellas puertas: debían de medir tres metros de alto y cada hoja aproximadamente un metro. No vi ninguna cerradura.

—Pues empezamos bien —protesté en voz baja—. A ver cómo entro aquí.

Cuando había investigado los alrededores, no vi ninguna ventana. Conecté el intercomunicador.

—Eric —llamé—. Pregúntale a Gu cómo se entra al templo. Hay una puerta enorme, pero no veo la cerradura... Y tampoco tengo una llave, claro. Cambio.

—Dame un segundo —dijo enseguida—. Cambio.

Tras unos instantes, me llegó de nuevo la voz de mi amigo:

—Amanda, dice Gu que empujes, que no está cerrada.

Pestañeeé un par de veces, demasiado sorprendida como para decir nada. A continuación, se me escapó un resoplido incrédulo. Vamos a ver, ¿de verdad me estaba diciendo Eric que aquel templo, pensado para proteger a la humanidad manteniendo encarcelado a un terrible y sangriento espíritu ávido de vidas humanas, no tenía una llave que mantuviese sus puertas cerradas? ¿En serio me estaba diciendo eso? Porque, si era eso, sólo podía significar una cosa: las trampas tendrían que ser de lo peor que me había encontrado en mi vida. Difíciles de superar, imposibles de solucionar, artefactos maquiavélicos y asesinos. En resumen, mortales para todo aquél que se enfrentase a ellas. Y, daba la casualidad de que el «todo aquél» que se disponía a enfrentarse a ellas era yo.

—Amanda, ¿me oyes? —preguntó mi amigo.

—Sí, sí... Es sólo que... —Dudé antes de continuar—. No sé. Dile a Gu que, si se les ha ocurrido poner una cerradura o algo así, sería bastante más difícil entrar en este maldito lugar. Cambio.

—Voy. Espera. —Obedecí—. Dice que sí, que fueron los Thomsing los primeros en proponerlo, pero que era mucho jaleo lo de la cerradura, que, claro, se habrían estropeado los grabados. Y que los constructores pensaron que con las trampas era suficiente. Cambio.

—Ya, vale —repliqué a la vez que se me escapaba una risa seca por la nariz. Lo que yo decía, aquel templo iba a ser de los peores. Si conseguía salir de allí con vida, podría darme por satisfecha—. Bueno, voy a entrar. Dejo la línea abierta por si necesitas cualquier cosa. Cambio.

—Ten cuidado. Cambio y corto.

Dejé el comunicador encendido. De ahí en adelante, prefería estar comunicada por la vía fácil, esto es, con sólo hablar.

Pasé la mano sobre el frío bronce de los grabados, repasando los contornos con los dedos, admirando el delicado trabajo de los orfebres que habían dado vida a aquellas escenas. Era impresionante el detalle. Mi mirada viajó hasta el Ubu, sonriendo sobre los cadáveres tirados en las calles. Lo observé con detenimiento.

Su cabeza era desproporcionadamente más amplia en la zona de la frente y estaba coronada por dos cuernos en espiral. Los ojos oscuros sin pestañas ni cejas que los coronasen, confluían sobre la nariz ancha que descendía hasta una boca de labios gruesos y dientes afilados, de los que supuraba un líquido que imaginé sería la sangre de sus víctimas.

Así que aquel era el Ubu. La verdad es que no me apetecía mucho que aquella aberración demoniaca quedase libre por culpa de los hombres de Dagon. Sí, estaba viendo un grabado, pero algo me decía que la realidad era todavía peor.

Apoyé las palmas de ambas manos sobre el metal y empujé.

Las puertas se abrieron sin resistencia, como si hubiesen sido engrasadas el día anterior.

Me adentré en la oscuridad del templo con un escalofrío recorriendo cada parte de mi cuerpo.

Aquel lugar estaba maldito y no hacía falta ningún sexto sentido para darse cuenta.

13

Encendí la linterna antes de dar un sólo paso y recorrí los alrededores con el haz de luz. El interior era oscuro y fresco, pero también húmedo. En apenas unos segundos, rompí a sudar, pero no me atreví siquiera a bajar la cremallera del mono, ni mucho menos a quitarme los guantes de escalada que me había dado Benson y que tan útiles habían demostrado ser.

No. Prefería pasar calor. Mi ropa fabricada con la tela Black no sólo en breve conseguiría regular mi temperatura corporal, sino que, además, conseguía que me sintiese más protegida... y algo me decía que, tarde o temprano, iba a necesitar los guantes.

Me encontraba en un corredor que se extendía a ambos lados. Los muros, también contruidos con aquella roca de color rojo, escalaban hasta casi perderse de vista. Cada pocos metros había unas hornacinas con antorchas en su interior y, frente a mí, otra puerta; esta vez, en arco. No vi otras puertas en las paredes y no me apetecía mucho caminar por aquel pasillo oscuro. Por lo de estar lleno de trampas, más que nada, así que decidí seguir adentrándome en el templo a través de la puerta.

Alumbré las baldosas de piedra del suelo, vigilando que todas fuesen iguales. Temía pisar una y que se disparase alguna trampa. No vi nada extraño en ellas.

Caminé despacio y alerta, hasta situarme frente a la puerta. Cuando llegué ante ella, la observé con detenimiento. Era de madera, sencilla, sin adornos ni grabados ni, por supuesto, cerradura.

No me lo podía creer.

¿Es que nadie en aquel recóndito lugar de la selva del Congo había oído hablar nunca de las cerraduras? ¿De lo prácticas que resultaban para mantener cosas encerradas?

Los constructores se podrían haber ahorrado aquella puerta también, porque para lo que servía...

Apoyé las dos manos en ella y la empujé.

Se abrió sin esfuerzo, si bien en esta ocasión un chirrido similar a un lamento acompañó el movimiento.

Me encontraba en un patio interior, el suelo de tierra con algunas plantas silvestres y piedras; sobre mí, las estrellas bailaban y titilaban en su danza nocturna. Era la primera vez que veía el cielo desde que había llegado al Congo. En la selva es muy difícil ver el cielo a causa de la vegetación, pero en aquel patio no había nada que impidiese su vista. La luna vertía una luz mortecina sobre el lugar y se reflejaba en una especie de estanque situado en el centro.

Me acerqué al agua con cuidado, atenta a todo lo que había a mi alrededor, esperando que se disparase una trampa en cualquier momento.

De nuevo, nada sucedió.

A ver si al final tampoco iba a haber tantas trampas en aquel sitio y el espíritu estaba atrapado más por pereza que por la imposibilidad de escapar de allí, porque entre la escasez de cerraduras y la carencia de trampas, yo ya me esperaba cualquier cosa.

El agua era oscura y no me permitía ver el fondo. Caminé hacia la derecha siguiendo el borde, buscando un lugar por el que poder llegar hasta el otro extremo del patio. A continuación, caminé hacia la izquierda sin encontrar ningún lugar por el que cruzar.

O atravesaba el estanque o me quedaba allí. Ésas eran mis únicas opciones, puesto que el agua llegaba hasta los muros laterales sin ningún tipo de bordillo. Al otro lado había una puerta, casi con total seguridad sin ninguna cerradura en ella. No obstante, lo mismo me daba. Si no conseguía atravesar aquel estanque rebosante con aquellas aguas tenebrosas, bien podría haber estado abierta de par en par; si no llegaba hasta ella, de nada me serviría.

Volví a situarme en la parte central para obtener una mejor visión del conjunto.

Al final, sí que había habido una trampa en aquella parte del templo y la tenía frente a mí, en forma de agua.

En la superficie flotaban enormes hojas de nenúfar, redondas, de un verde intenso y, junto a ellas, otras hojas iguales, pero más pequeñas. Mucho más pequeñas. Tanto que en ellas apenas me cabría un pie.

Se me escapó un suspiro que sonó a hartazgo.

Empezaba a imaginar de qué iba aquello. Aun así, hice una prueba. Cogí una piedra del suelo y la lancé a la derecha de donde me encontraba. Cayó con un chapoteo suave y se hundió en la oscuridad dejando tras de sí unas leves ondas circulares.

Al instante, un borboteo sospechoso apareció en el lugar en el que había caído.

Aquella zona del estanque pareció hervir. Pude ver un par de veces una aleta y un cuerpo escurridizo y alargado.

No tenía ni idea de qué era aquello, de qué tipo de animal se trataba, pero no me apetecía comprobarlo, así que meterme en el agua quedaba descartado.

Observé a continuación los muros buscando salientes, raíces o grietas que poder utilizar como apoyos, pero no vi nada que me sirviese. Aun así, no perdía nada por intentarlo. Al fin y al cabo, llevaba los guantes y las botas especiales de escalada que nos había proporcionado Benson.

Me encogí de hombros y, con un salto, me dispuse a trepar por la pared.

Conseguí avanzar unos cuantos metros, pero el esfuerzo era tremendo. Enseguida me di cuenta de que no conseguiría llegar al otro lado; caería al agua antes de lograrlo. Regresé al punto de partida y descendí con un salto hacia atrás.

Necesitaba encontrar otro camino, pero no se me ocurrían muchos más. O, para ser más exactos, no se me ocurría ninguno más.

Volví a centrar la atención en las aguas oscuras. Me fijé en las hojas, intuía que la respuesta a aquel acertijo se encontraba en ellas, pero no me parecían lo bastante sólidas como para saltar sobre ellas. Aun así, no tenía tampoco muchas más opciones, así que cogí otra piedra y la lancé a una de las más cercanas; era

grande y redonda y me habría sido muy sencillo llegar de un brinco hasta ella.

La hoja se hundió y de nuevo aquella bestia misteriosa hizo borbotear las aguas.

Bien, eso me dejaba con una sola alternativa.

Cogí otra piedra y apunté a una de las hojas pequeñas.

«CLONC».

Aquel nenúfar era sólido.

También era demasiado pequeño, pero no me quedaba otra. Tendría que avanzar moviéndome de uno a otro, intentando evitar caer al agua; de lo contrario, aquel bicho me devoraría.

Agarré un puñado de piedras, las metí en mis bolsillos y me preparé para saltar al primer nenúfar, rogando en silencio por no perder el equilibrio.

14

Me llevó un rato llegar hasta la otra orilla.

Un buen rato.

Lo conseguí con paciencia, equilibrio y puntería... Y no por ese orden.

Cuando llegaba a una de las hojas de nenúfar, me sostenía sobre una sola pierna —eran demasiado pequeñas para poder apoyar ambos pies—, me llevaba la mano al bolsillo, sacaba una de las piedras que había cogido, la lanzaba a la siguiente hoja —en alguna ocasión fallé. No es fácil apuntar a la pata coja— y, sólo cuando estaba segura de que también era sólida, saltaba hasta ella.

Y menos mal que lo hice así, porque unas cuantas se hundieron en las aguas cuando las piedras las golpearon. Aquella era una trampa muy muy traicionera, no podías confiarte.

También estuve a punto de caerme... Al saltar una de las veces, caí sobre la roca que acababa de lanzar, pisé mal y perdí el equilibrio unos segundos. La consecuencia fue que el otro pie rozó las aguas. Enseguida pude estabilizarme de nuevo echando el tronco hacia adelante y la pierna que había tocado el estanque, atrás, formando una especie de T con todo mi cuerpo. El monstruo no tardó en aparecer, hizo un círculo alrededor de la hoja en la que me encontraba y asomó una boca llena de dientes hasta dejarla a pocos centímetros de mi rostro, como retándome a caerme. Sus dientes eran afilados y rezumaban una saliva espesa y apestosa de color parduzco. Chasqueó la mandíbula un par de veces frente a mi cara con un sonido terrible, como de ramas rompiéndose para, a continuación, sumergirse y largarse por donde había venido.

No lo había podido ver muy bien, estaba demasiado ocupada intentando no caerme dentro de su bocaza, pero al alejarse me había parecido algún tipo de serpiente. Tenía el cuerpo largo, grueso y brillante, cubierto de escamas anaranjadas con forma de cuchillo. Al marcharse, tocó con ellas una de las enormes hojas de nenúfar y ésta se rajó como si fuese de mantequilla. Si caía al agua, aquel bicho podría matarme con tan sólo rozarme con aquellas escamas afiladas y brillantes... Y el monstruo debía de tener muy clara su función, porque, de haberlo querido, me habría tirado él mismo al agua. Sin embargo, sólo me había mirado y había permitido que siguiese adelante, aunque tampoco me engañaba; si terminaba zambulléndome en el estanque, aquel bicharraco acabaría conmigo de un sólo bocado.



Una vez en la otra orilla, me acerqué a la puerta sin perder ni un sólo segundo, había tardado demasiado en atravesar el estanque y los hombres de Dagon ya tenían que estar cerca.

Empujé el portón con las dos manos y éste se abrió con facilidad. Resoplé y me adentré en la oscuridad que había al otro lado.

Unos pasos más adelante pude ver haces luminosos rompiendo aquella negrura. Alcé la mirada hasta el techo de la sala buscando el origen de aquella claridad. En la bóveda que cubría la habitación había varios tragaluces redondos por los que descendían cascadas de una mortecina luz solar que terminaban formando charcos blanquecinos en el suelo de roca.

Ya estaba amaneciendo.

Había uno de aquellos charcos cada pocos pasos.

Alcé el brazo para recoger la luz en la palma de la mano, pero antes de conseguir completar el movimiento, algo me dijo que no era buena idea.

¿Cuál era la trampa allí? Porque tenía que haber una trampa, eso lo tenía muy claro.

Di un paso atrás y observé la sala con detenimiento en busca de mecanismos ocultos y trampas variadas. No era muy grande y estaba muy bien iluminada, así que no me costó fijarme en todos los detalles y en todos sus rincones.

Allí no había nada más que los tragaluces por los que entraban los rayos del sol y unas finas líneas que recorrían los muros de suelo a techo, así que o mucho me equivocaba o la trampa debía de estar en aquella luz.

Rebusqué en mi bolsillo alguna de las piedras que había cogido en la sala anterior. Por suerte, me quedaba una. La miré e hice una mueca.

—Más te vale caer en la luz —susurré. La sopesé en la mano y miré uno de los charcos luminosos más alejados de donde me encontraba, calculé la fuerza del tiro y la lancé.

La piedra atravesó varios de aquellos haces desatando un infierno de cuchillas.

Algunas salieron del techo, como guillotinas, otras del suelo, otras de las paredes; entre todas cubrieron toda la superficie iluminada.

Cuando el movimiento cesó, mi flequillo todavía ondeaba debido al viento producido por los filos.

Había descubierto la trampa: nada podía atravesar los haces de luz.

La piedra había quedado solitaria y abandonada en una de las losas que quedaban en la sombra.

De haber tenido tiempo, sólo habría necesitado esperar a que volviese a caer la noche, pero no tenía tiempo.

Eso era lo único que no tenía.

Volví sobre mis pasos a la sala del estanque y, junto a la puerta, recogí otro puñado de piedras del suelo.

Se me había ocurrido una idea y, si funcionaba, sería mucho más fácil atravesar la habitación de las cuchillas.

Me situé a una distancia prudencial de las zonas iluminadas y fui lanzando piedras en todas las direcciones, apuntando para que acabasen en el centro de aquellos charcos de luz. En las ocasiones en las que lo conseguí, las cuchillas salieron silbando, volvieron a meterse a toda velocidad y, de nuevo, cortaron el aire para quedarse quietas en medio de la sala.

Poco a poco conseguí que todos los lugares en los que el sol tocaba el suelo estuviesen ocupados por una piedrecita. Me llevó un buen rato, ya que, en ocasiones, los proyectiles rebotaban y terminaban en las zonas de oscuridad, pero si conseguía sacar todas las cuchillas y guillotinas de sus escondites, me sería mucho más fácil llegar hasta la puerta.

Por fin logré mi objetivo y, con cuidado, sin apresurarme, avanzando poco a poco, llegué al otro extremo de la habitación sorteando los filos, deslizándome entre ellos o reptando bajo las hojas brillantes. Me llevó mucho rato y, aun así, me hice un par de cortes en los brazos por acercarme demasiado, pero no podía detenerme a curarme bien. Antes de cruzar la puerta hasta la siguiente sala, abrí uno de los botiquines que llevaba en la mochila y me vendé los cortes. Más que nada para que no sangrasen.

Todavía me quedaba mucho camino.

La siguiente estancia era cuadrada, pequeña, de techo bajo y oscura. Muy oscura. No se veía nada. Pasé la mano por la pared más cercana y noté que parecía haber sido excavada en la roca, así que no me había equivocado: el templo continuaba adentrándose en la pared que quedaba a su espalda y ahí me encontraba yo en aquellos momentos.

Saqué la linterna de la mochila y alumbre a mi alrededor.

La salida quedaba a mi derecha y sólo tenía que dar un par de pasos para llegar a ella.

Fácil. Demasiado fácil para mi gusto.

Me acerqué a la puerta. Era de madera y estaba flanqueada por sendos pilares de mármol tallados en forma de árboles cuyas ramas se unían en la parte superior formando un dintel que sobresalía por encima de la puerta. Acaricié uno de los árboles despacio, sintiendo el trabajo del escultor en los dedos. Había logrado que el mármol tuviese el tacto rugoso de la madera.

Entonces sentí algo.

Bajo los dedos había dado con algo no muy grande, redondo y hueco en la parte central.

Alumbré al lugar en el que reposaba la mano y vi una especie de espita muy bien disimulada entre las formas de aquella escultura. Alguien con las manos más grandes que yo habría pasado por encima sin darse cuenta. Llevé el haz de la linterna a lo largo de todo el pilar y vi que había varios de esos agujeros, colocados de arriba a abajo, todos ellos muy bien disimulados, eso sí. Me dirigí al otro pilar y repetí la operación sólo para comprobar que, efectivamente, en él también había varios de aquellos agujeritos.

Guie la luz hasta el dintel y lo observé.

No había nada en él.

Trepé por uno de los troncos de mármol y me encaramé a la parte que se unía sobre la puerta. Llevé la luz por toda la superficie para asegurarme, pero no encontré nada que no fuese piedra blanca.

Estaba claro que de aquellas espitas tenía que salir algo. Imaginé que algún tipo de gas venenoso, pero no podía pensármelo demasiado. Me tumbé en el dintel, estiré el brazo, contuve la respiración y empujé la puerta.

Nada más tocarla, de las espitas salieron lenguas de fuego que llenaron todo el espacio de la habitación por debajo de donde me encontraba. Si hubiese tocado aquella puerta desde el suelo, me habría convertido en una Amanda a la barbacoa.

Cuando el fuego cesó, salté al suelo y pasé a la siguiente sala.

Empezaba a estar harta de tantas trampas, pero entendía que aquella yincana repleta de peligros mortales era lo mejor si lo que se pretendía era que nadie llegase nunca a liberar al espíritu Ubu. Y más teniendo en cuenta que ninguna de las dos tribus podía poner un pie en el templo. No entendía muy bien el motivo de esa norma, pero no era mi tarea cuestionarla, lo único que tenía que hacer era impedir que nadie liberase al Ubu jamás y, para cumplir esa misión, mi intención era llevármelo a un lugar mucho más seguro que aquel templo carente de cerraduras, librando de paso a los hombres leopardo y a los *mokomboso* de aquella carga que ya habían llevado demasiados siglos sobre sus hombros. Sí, lo que yo pretendía era encerrarlo en la Galería de los Secretos para que nunca más volviese a hacer de las suyas... Pero, para ello, antes tenía que superar todas aquellas pruebas llenas de mecanismos asesinos.

Suspiré y me dispuse a atravesar la siguiente puerta. Aquella sala había sido bastante sencilla, puesto que, al entrar, me había encontrado dos esqueletos atravesados por unos pinchos que salían del suelo. Ambos se encontraban junto al muro que quedaba a mi derecha.

Dos exploradores habían llegado hasta aquella habitación antes que yo. Por sus ropas y equipo, yo diría que muchos muchos años antes y habían muerto intentando superar sus peligros. Caminé hasta ellos sorteando las estacas del suelo y los observé. Uno de ellos tenía los dedos enroscados en torno a un objeto. Una llave. La única que había visto en el templo hasta el momento. Era de piedra, una roca azulada con destellos rojizos y semitransparente que no

reconocí, pero era similar al cuarzo. Tenía un agarre redondo con una forma que a mí ya me resultaba familiar: la cabeza del Ubu y la pluma semejaba un colmillo del que salían numerosos colmillos menores. Frente a mí y situada por encima de donde se encontraban los dos esqueletos, había una hornacina y, en su interior, un hueco también en forma de llave.

Miré en dirección a la puerta de salida.

En ella destacaba una cerradura.



Vale, la única puerta con cerradura en todo el templo no había conseguido que aquellos dos exploradores sospechasen que allí

había algo que olía regular.

Al sacar la llave de su hornacina, habían disparado la trampa, que no era otra que aquellos pinchos.

Cogí la llave con dos dedos y tiré de ella, pero el esqueleto no la soltó.

Di otro tirón, algo más fuerte, y algo tembló bajo mis pies. Miré a mi alrededor asustada, la mano todavía cerrada en torno a la llave. ¿Qué había sido aquello? ¿Tal vez la trampa que había matado a aquellos dos exploradores no era la única que había en el lugar?

Entonces lo vi: justo al lado del esqueleto, donde yo había estado de pie hacía tan sólo unos segundos, había un agujero en el suelo: una estaca que no había salido... Y, por el temblor del suelo, parecía que quería hacerlo ahora que estaba yo allí. Iba a tener que quitarle la llave de otra manera, porque, si continuaba tirando de ella, la estaca saldría y me mataría.

Con un gesto de asco, rodeé los dos cadáveres e inspeccioné el hueco entre ambos para comprobar que no hubiese ninguna otra estaca atascada. Cuando estuve segura, me agaché, mi cuerpo rozando los dos esqueletos y, con la nariz arrugada en un gesto de asco, intenté abrir la mano que agarraba la llave.

Me llevó un rato de forcejeos, pero al final lo conseguí.

Con la llave en mi poder, me dirigí a la puerta, introduje la llave y la giré.

La puerta se abrió sin oponer resistencia.

15

Un escalofrío me recorrió todo el cuerpo nada más atravesar aquel último umbral.

Me encontraba en una estancia similar a la selva, sólo que todo había sido esculpido en piedra. Los troncos de los árboles tenían la textura de la madera al tacto, no obstante, estaban hechos en la misma roca rojiza en la que se había construido el templo entero. Lo mismo que las hojas, las ramas, las raíces, las piedras... Incluso había un río que había sido esculpido en la roca y que atravesaba la inmensa estancia de lado a lado. Por él corría un agua fresca y cristalina.

Caminé hasta la orilla e introduje la mano en él, no obstante, no me atreví a beber de aquellas aguas, ya que temía que estuviesen envenenadas.

Alcé la mirada ya que, aunque tenue, había una luz difusa y clara, natural, que permitía ver en aquella zona sin necesidad de linternas. El techo se perdía en la altura y, al igual que en una de las salas anteriores, debía de contar con unos tragaluces que permitían el paso de la luz diurna. O eso me pareció, ya que a lo lejos vi puntos luminosos, como pequeños soles salpicados por toda la parte superior.

Crucé el río casi temiendo lo peor, pero nada sucedió. Tampoco sabía muy bien qué esperar, me era imposible prestar atención o fijarme en todos los detalles de aquella falsa selva. Ignoraba por completo dónde podía estar oculta la trampa —o las trampas— en aquel lugar. Era inmensa, demasiado. Lo único que podía hacer era vigilar mis pasos e intentar no morir si se activaba alguno de los artilugios letales que poblaban el templo.

Avancé despacio hasta que la misma selva de piedra me impidió dar un sólo paso más. Entonces, trepé a uno de aquellos árboles esculpidos y continué adentrándome, siempre hacia el corazón del templo, porque estaba segura de que me encontraba justo ahí, en el lugar en el que se mantenía cautivo al espíritu Ubu.

El ambiente era ominoso, lúgubre y pesado. Nada más poner un pie allí, me había dado cuenta. No estaba sola y lo que fuese que se encontraba allí conmigo era más que malvado. Era cruel, oscuro, perverso y había conseguido que su esencia impregnase todos los rincones de aquella gigantesca sala.

Seguí saltando de árbol en árbol hasta que a mis pies vi un pequeño claro. Salté a una rama cercana situada a unos metros por debajo de donde me encontraba. Desde ahí, me lancé a otra más baja aun y me sujeté con ambas manos hasta quedar colgando de ella para, a continuación, impulsarme con las piernas y caer en el centro de aquel claro. No escuchaba nada a mi alrededor. El lugar estaba muerto. Sólo piedra y rocas me rodeaban, pero, aun así, yo podía sentir aquella presencia maligna empapando todas y cada una de las esculturas, hermosas e inertes, que me envolvían. Era como una mano oscura que me agarraba el corazón e intentaba arrancarme la alegría de él. Aquel espíritu odiaba la felicidad, de eso estaba segura, e intentaba arrebatarla a todo el que estuviese cerca de él. De repente sentía una tristeza extrema. Necesité tragar saliva un par de veces para deshacer el nudo que se me había formado en la garganta. Cuando conseguí sacarme de encima aquella sensación tan pesada, todavía tuve que enjugarme los ojos; se me habían llenado de lágrimas sin que me diese casi ni cuenta.

Miré a mi alrededor y vi un estrecho pasillo entre los troncos.

Lo seguí despacio, casi sin atreverme a respirar, preparada para retroceder al menor signo de problemas... Y por problemas, me refiero a trampas; no obstante, no di con ninguna.

Allí no había nada.

Sólo aquella sensación de estar siendo observada por un ente que, de haber podido, me habría quitado la vida.

Sí, el Ubu estaba presente. Se encontraba allí conmigo. Sentía su odio, su animadversión, su sed de sangre, su desesperación por

escapar, por arrasar el mundo con su malevolencia, pero también sentía que no podía hacerme nada. Era una presencia demasiado potente y perturbadora como para pasarla por alto. Según había continuado adentrándome en la sala, la sensación de tristeza no sólo había ido creciendo, también se había ido mezclando con emociones muy fuertes, muy angustiosas, de terror e inseguridad; eran muy poderosas. La primera me había hecho llorar, mientras que la segunda y la tercera habían logrado que mi avance fuese mucho más lento de lo que lo habría sido en cualquier otra situación. Dudaba de mí a cada paso, temía por mi vida, lo cual estuvo a punto de provocarme un ataque de pánico: me costaba respirar, mis manos temblaban de manera incontrolable y el sudor resbalaba por mi frente. Necesité de toda mi fuerza —y también bastante tiempo— para dominarlo y continuar mi camino. Imaginé que, si algún explorador hubiese llegado hasta allí, habría querido salir del lugar de manera inmediata. La atmósfera estaba demasiado cargada con la energía negativa del espíritu, pero yo no era cualquier explorador.

Yo era una Black.

Había nacido para esto.

Para enfrentarme al horror en todas sus formas. El Ubu sólo era una de ellas.

Una más.

No me rendiría tan fácilmente.

Más adelante, el pasadizo se estrechaba y las plantas empezaron a lucir tallos espinosos.

Me escurrí por el angosto hueco, sorteando las falsas ramas y raíces, despacio, intentando no tropezar o engancharme con aquellas espinas de piedra, algunas eran largas y afiladas y podrían hacerme mucho daño.

No sabía cuánto más me llevaría superar aquel pasillo porque no podía ver su final, apenas era capaz de ver lo que tenía a un metro de distancia. En una de las ocasiones, me agaché con la intención de pasar por debajo de una raíz y me apoyé en ella al doblar las rodillas para hacerlo.

Ahí empezaron mis problemas de verdad.

Nada más apoyar la mano sentí un aguijonazo en la palma. La retiré a toda velocidad, retrocedí y me puse en pie.

Observé el lugar en el que había sentido el pinchazo y vi un agujero, rojo y profundo. Sangraba. Bastante. Y me escocía mucho.

Dirigí los ojos a la zona en la que me había apoyado y la vi: una de esas espinas de piedra, era muy fina, pero muy muy afilada. El pincho estaba cubierto por completo con mi sangre.

Otra gota resbaló desde la mano hasta la superficie de la raíz.

Entonces, algo comenzó a suceder.

Las espinas que poblaban aquel árbol comenzaron a crecer, a afilarse. Eran cada vez más largas.

El mismo fenómeno empezó a reproducirse también a mi alrededor, saltando de un árbol a otro, de troncos a ramas y tallos... Incluso las hojas comenzaron a llenarse de espinas agudas como alfileres que no dejaban de crecer. Todos aquellos pinchos estaban aumentando su tamaño, estrechando aún más el pasillo.

Tenía que salir de allí cuanto antes.

Tenía que dar con la salida o terminaría agujereada como un colador de pasta... Y eso sin contar con que había sido mi sangre la que había activado todo aquello. Si me pinchaba con alguna otra de aquellas púas, no quería ni pensar lo que podría llegar a suceder. Quedaría atrapada en el pasadizo, llena de pinchazos y moriría desangrada o, peor aún, de sed o de hambre.

Me arrastré por debajo de la raíz, esta vez sin apoyar la mano en la parte superior del arco, y corrí esquivando las cuchilladas de aquellos pinchos. Por supuesto, no tuve todo el éxito que me habría gustado tener, porque alguna me rozó en los brazos, la cara y las

piernas. Por suerte, algunas sólo me hicieron rasguños, otras se quedaron clavadas en mi piel y se partieron al no bajar yo el ritmo, corría tan rápido como me permitían mis piernas, intentando salir de allí y, a pesar de ser de piedra, eran demasiado finas para que resistiesen.

Las que se habían quedado clavadas me escocían muchísimo. Las sentía como picotazos de avispas, pero no tenía tiempo de quitármelas, prefería el dolor a que la jungla de roca me apresase.

Continuaba sin ver el final y cada vez tenía menos espacio para seguir avanzando. O se acababa pronto el corredor o iba a tener problemas muy muy graves.

Por fin vi un claro más adelante, faltaba poco para llegar a él, pero apenas podía andar ya. Tuve que frenar el ritmo y comenzar a sortear las espinas con mucho cuidado. Mi mono se había llevado la peor parte y estaba agujereado en varias zonas, pero más o menos me había protegido.

Más o menos.

Vi que sangraba por un corte en la pierna, otro en un brazo y tenía varios pinchos clavados: uno en la cara, otro en un costado — éste dolía muchísimo— y uno más en la pantorrilla.

Me tumbé de espaldas en el suelo y, al hacerlo, me di cuenta de que el culo también me dolía, como si me acabasen de poner una inyección, así que supuse que tenía otro de aquellos clavos en él. Conseguí abrirme paso rompiendo las agujas a patadas y arrastrándome sobre la espalda, poco a poco, conseguí salir del corredor. En cuanto pude, volví a ponerme en pie y me arranqué los pinchos de la carne. Me dolió un montón, pero por lo menos seguía con vida.



Percibí movimiento a mi espalda y me giré con rapidez, preparada para pelear.

Lo que vi me dejó atónita.

Los árboles trataban de alcanzarme. Sus ramas se agitaban en mi dirección como manos ansiosas, como si estuviesen vivos, como si, ahora que habían probado mi sangre, no pudiesen renunciar a su sabor.

Di un salto alejándome de ellos y caminé de espaldas, sin perderlos de vista, durante varios metros. Cuando estuve segura de

que no podrían atraparme, di media vuelta y dejé de prestarles atención.

Frente a mí había una réplica del templo en el que me encontraba, una en miniatura, de la altura de una mesa, más o menos.

Y dentro de uno de los conos de la parte superior, había un cartucho. Un cilindro de unos veinticinco centímetros de alto y unos ocho o nueve de diámetro. En su superficie, había un grabado que no entendí.

Algo dijo mi nombre.

Fui consciente de que no lo había escuchado con los oídos.

Había sonado dentro de mi cabeza.

Algo en ese artefacto gritaba mi nombre.

16

Saqué el cilindro de su lugar de reposo con cuidado y lo sujeté con ambas manos.

Era una especie de cartucho hecho en un mineral parecido al metal, si bien su tacto era algo diferente. Suave y liso. Le di un golpecito con un dedo para comprobar su firmeza y me hice daño. No había visto en mi vida aquel material, pero parecía muy resistente a pesar de su tacto sedoso.

Lo giré despacio, observando los grabados que había por toda su superficie. Se trataba de algún tipo de laberinto, o eso parecía. Había una pequeña pieza en forma de máscara que podía moverse por aquel laberinto. Probé a deslizarla un poco. En ambos extremos había unas ruedecitas dentadas que giraron al mover aquella pieza.

En mi cabeza volvió a sonar mi nombre y sentí que algo me animaba a continuar moviendo la pieza a lo largo del laberinto.



Estuve tentada de hacerlo, la voz era muy persuasiva, casi seductora, pero de repente, una imagen que parecía muy real me asaltó el cerebro, fue como un flash... O tal vez una premonición. No estaba segura.

Me vi deslizando aquella pieza hasta el final del laberinto y el cartucho abriéndose, inútil ya para contener al Ubu dentro de él. A continuación, la misma imagen se tiñó de rojo y me vi muerta en el suelo, frente a la réplica del templo. A ese flash siguieron varios más. En ellos y en continua sucesión, como fotografías sangrientas en mi cabeza, vi a Eric muerto en un charco de sangre, las aldeas de

los hombres leopardo y la de los *mokomboso* con sus calles sembradas de cadáveres, a la tía Paula y a lord Thomsing muertos en la Mansión Black. Esme, Hiro, los Herederos... Todos estaban muertos. Y lo peor de todo era que había sido por mi culpa, por haber abierto aquel cartucho.

Las imágenes pararon tan rápido como habían venido y miré el cartucho con ojos espantados, casi deseando tirarlo tan lejos de mí como fuese posible, pero me contuve de hacerlo por miedo a que el contenedor se rompiese.

Vale, mejor me estaba quietecita, porque esas visiones sólo podían significar que aquel sencillo cartucho era la última barrera de protección entre el Ubu y el mundo.

El Ubu volvió a llamarme y el cilindro vibró.

—Ya, claro, ahora esperarás que te saque de aquí —refunfuñé dejándolo en el suelo.

—Amanda... —dijo de nuevo.

—Que paso de ti —repliqué a la vez que me quitaba la mochila y comenzaba a abrirla—. No puedes hacerme nada.

—Puedo darte lo que más desees. Sácame de aquí. Te lo ordeno.

—Ya, que sí, lo que tú digas. —Volví a coger el cilindro y lo guardé en la mochila—. Tú te vienes a un lugar del que nunca podrás salir.

—¡No! —rugió el Ubu—. ¡No puedes hacer eso! ¡Te daré todo el poder del mundo!

—¿Antes o después de acabar con él? —Cerré la mochila.

—Libérame.

—Que me dejes —gruñí.

La verdad era que estaba aterrorizada. Su voz era todavía peor que su esencia, que esa sensación que me había golpeado nada más entrar en aquella última sala del templo. Su voz era dulzona y violenta a la vez. Producía escalofríos y horror; no obstante, de algún extraño modo, también quería escucharla, quería dejarme convencer por ella, por sus palabras. Aunque mi tono había sonado ligero e incluso retador, había necesitado poner en funcionamiento toda la fortaleza de los Black para negarme a hacer lo que me pedía. Era como si mi cerebro se negase a obedecer, pero mi cuerpo quisiera acatar sus órdenes. Necesité respirar hondo y sacudir la

cabeza varias veces para deshacer el hechizo que sus palabras habían arrojado sobre mí.

Necesitaba cerrarme a su poder.

Él continuaba ordenándome que lo liberase y yo seguía oponiéndome. Poco a poco, conseguí echarlo de mi cerebro, conseguí callarle la boca. Necesité de todo el poder Black que poseía para impedir que su voz entrase en mi cabeza. Primero cerré los ojos y ralenticé mi respiración hasta que casi pude escuchar el ritmo del latido de mi corazón. Una vez en este estado de concentración, me imaginé buscando puertas en mi cerebro. Primero encontré la puerta que daba a mis oídos, con ella abierta podía escuchar lo que había a mi alrededor. Después, di con la de mis ojos, por la que entraba aquello que podía ver. Encontré también las puertas de mi olfato, mi gusto y mi tacto y pasé de largo por ellas. No eran las que me interesaban. Un poco más adelante, por aquel pasillo de mi cabeza, vi una puerta enorme y sentí como mis habilidades y dones Black se intensificaban sólo por permanecer en pie frente a ella. Pasé de largo también sintiéndome mucho más segura y por fin di con lo que buscaba: se trataba de un arco de piedra con una puerta de metal abierta de par en par, del que salía un resplandor rojo muy intenso. Me acerqué. Frente a él había un charco de sangre. Mis oídos captaron la voz del Ubu ordenándome de nuevo que lo liberase, pero me resistí con todas mis fuerzas. A continuación, tomé aire y estiré la mano despacio, temiendo que de aquel resplandor sangriento saliese algo que me arrastrase hacia su interior. Agarré el pomo de la puerta en arco y tiré con todas mis fuerzas de él cerrándola de un portazo. En cuanto se cerró, apareció un pasador de hierro que serviría para que nadie pudiese abrirla desde el otro lado. Lo deslicé despacio, encerrando así al Ubu. Ya no podría escaparse de allí.

Abrí los ojos y miré confusa a mi alrededor.

Ya no escuchaba su voz.

Había conseguido echarlo de mi interior.

Ya no tenía ningún poder sobre mí.

Estaba agotada, pero lo había hecho, había vencido a aquel poderoso espíritu. Y está mal que yo lo diga, pero me sentí muy orgullosa de mí. Todo el duro trabajo que hacía con la tía Paula daba

resultados. Aun así, necesité descansar unos minutos que aproveché para comer algo y beber agua. Tenía que recuperar parte de las fuerzas que aquel templo y el Ubu me habían arrebatado.

Ahora sólo me faltaba salir de allí sin perder ni un segundo.

Y no tenía pinta de que pudiese volver sobre mis pasos... Los árboles continuaban estirando sus ramas en un intento vano por atraparme y devorarme con sus espinas, así que tendría que encontrar otra salida.

Me acerqué a la réplica del templo y la rodeé observando con detenimiento todas y cada una de las formas que había talladas en él: los gorilas, las hojas de la parte superior, los leopardos... Todo.

Sin ninguna prisa. De repente, me sobraba todo el tiempo del universo, ya que lo único que me preocupaba en aquellos momentos era que los hombres de Dagon me alcanzasen, aunque no les sería fácil atravesar la arboleda maldita de los pinchos.

Algo bueno tenían que tener aquellos árboles asesinos.

Recorrí la pared tras la réplica siguiendo las grietas con las yemas de los dedos, buscando un resorte, palanca, botón o interruptor que me llevase a la libertad, pero no encontré nada... Y eso que presté muchísima atención y lo hice con muchísimo cuidado, pero nada.

Me veía capaz de escurrirme por el agujero más infecto si con ello evitaba tener que volver a enfrentarme a las espinas.

Me giré de nuevo hacia el templo en miniatura y realicé la misma operación. Despacio, con cuidado, pasé las manos por todas las superficies, los conos, la hornacina donde había estado el cartucho durante los últimos siglos, los leopardos, sus armaduras, los gorilas, sus lanzas... Todo.

Y nada.

Aunque... Un momento.

Me había dejado un par de cosas por hacer.

Las armaduras de los leopardos no tenían muchos sitios de los que tirar, sin embargo, las lanzas que portaban los gorilas... Eso no lo había intentado.

Conté ocho gorilas. Cuatro en cada una de las columnas a cada lado de la puerta de entrada... Y aquella puerta... Aquella puerta parecía un pasadizo cerrado.

Mis esperanzas comenzaron a crecer de nuevo. Me arrodillé y seguí los bordes de la portezuela. Me pareció sentir una corriente de aire en la mano. A toda prisa, abrí la mochila y saqué la caja de cerillas que Benson había puesto en mi equipo. Con dedos temblorosos, abrí la cajita, extraje una cerilla y la raspé contra la lija del lateral. La llama prendió y la aproximé a uno de los laterales de la puerta.

La llama osciló frente a mí. Tenía la nariz tan cerca de ella que casi me quemé, pero ahora estaba segura: por allí entraba el aire, así que tenía que haber una salida.

Me centré en las lanzas y empecé a tirar de todas ellas. Ninguna se movía, sólo me quedaban dos por comprobar a la izquierda de la portezuela. La del gorila que miraba hacia la izquierda y la del gorila que miraba en dirección al propio templo.

Probé la primera de las dos. El sudor me resbalaba por la frente debido a la tensión.

Nada.

Sólo me quedaba una última lanza.

Me costó meter la mano entre la pequeña escultura y el muro del templo, pero lo conseguí, sujeté la lanza —del tamaño de un boli— y tiré de ella.

La lanza descendió con suavidad y la puerta se abrió.

JA.

Estaba salvada.

O eso esperaba, porque a saber qué me iba a encontrar en aquel pasadizo estrecho, oscuro y bastante apestoso, pero no tenía ninguna otra opción.

Tendría que avanzar a rastras. Era lo que había.

—Eric, ya tengo el cartucho que contiene al Ubu. Voy a salir del templo. ¿Dónde estás? Cambio.

—Según mi dispositivo, nos encontramos a unos cinco kilómetros de tu posición. ¿Te han molestado los hombres de Dagon? Cambio.

—No. No he visto ni rastro de ellos. Esperadme cerca del templo, pero no a la vista. O están dentro o tienen que estar en los alrededores. Cambio.

—Recibido. Cambio y corto.

Con un encogimiento de hombros, me tumbé sobre la tripa y repté adentrándome en el conducto.

17

Perdí la noción del tiempo. No sabía si llevaba reptando y arrastrándome por aquel túnel tres horas o diez minutos, sólo sabía que estaba siendo muy duro. La atmósfera era sofocante, el sudor empapaba mi ropa, mi cabello, mi rostro. Me sudaban hasta las palmas de las manos.

Cuando por fin conseguí salir al exterior, ya había caído de nuevo la noche.

Había pasado un día entero en el templo.

Me encontraba en un lateral del edificio, junto a la entrada que había atravesado tantas horas antes.

Me puse en pie sacudiéndome el polvo rojizo de la ropa, y no había terminado de hacerlo cuando una voz me interrumpió.

—Muy bien, niña —dijo—. Ya hemos perdido a suficientes hombres. ¿Qué hacías ahí dentro?

El hombre se encontraba todavía al resguardo de los árboles. Habían acampado allí en lugar de en el claro frente al templo, imagino que para no estar al descubierto. Tras él y siguiendo el perímetro de la jungla, se situaban numerosos mercenarios, todos con las armas alzadas, apuntándome.

—¿Quién lo pregunta? Por lo menos, preséntate... —lo reté.

—No te importa quién sea. Lo único importante es que eres la única que ha conseguido salir... Y sé muy bien quién eres —añadió con una sonrisa torcida.

—Pues ya sabes más que yo —repliqué con un resoplido. Necesitaba ganar tiempo.

Además, tampoco sabía si Eric y los hombres leopardo estarían ya en los alrededores. De hecho, ni siquiera sabía si mi amigo habría

conseguido convencer a los *mokomboso* de formar una alianza con la tribu rival. Había intentado hablar con él de nuevo mientras me encontraba en aquel angosto pasadizo y no lo había conseguido, por lo que había demasiadas cosas que no sabía. Pero sobre todo no sabía cómo iba a salir de aquella.

El hombre dio un paso en mi dirección.

Por encima de su hombro, algo llamó mi atención.

Un mono.

Me pareció que era un chimpancé. Se encontraba oculto entre las ramas de uno de los árboles más bajos. Apenas pude verle el rostro vigilante y una mano, pero ahí estaba. Miraba al hombre que había hablado, preparado para entrar en acción en cuanto fuese necesario.

Detrás de otro de los mercenarios, el brillo verdoso de unos ojos felinos me indicó que un leopardo acechaba oculto entre las sombras de la jungla.

Al final, Eric, Gu y Calio lo habían conseguido.

Reprimí una sonrisa.

Centré de nuevo la atención en el hombre y eché a andar hacia él. En primer lugar, para que no se diese cuenta de que sus hombres no eran la única compañía que teníamos y, en segundo, porque pretendía mantenerlo bajo las ramas, que era donde su posición era más vulnerable al ataque de los *mokomboso* o de los hombres leopardo. En el claro, cualquier enfrentamiento tendría que ser cara a cara... Y aquel hombre portaba un arma de fuego.

No, mejor una pelea entre la vegetación, donde no tendrían tanta capacidad de apuntar y donde los ataques podían venir de los árboles.

Tras dar unos pasos, el mercenario detuvo mi avance con un gesto.

—Dame el espíritu Ubu —ordenó—. Sé que lo tienes. Si no, no habrías abandonado el templo... No es lo que soléis hacer los Black —añadió. Me encogí de hombros y comencé a quitarme la mochila para obedecer la orden. Mi gesto debió de ponerlo nervioso, ya que alzó la pistola para encañonarme con ella—. Despacio. No hagas tonterías.

—¿Cómo quieres que te dé nada si no lo saco de la mochila? — pregunté con hastío a la vez que abría mi equipo y rebuscaba en su interior el cartucho que contenía el Ubu.

En cuanto lo saqué, volví a escuchar la voz del espíritu, pero esta vez se dirigía a todos los que allí nos encontrábamos. Nos pedía que lo liberásemos y nos prometía todo aquello que deseásemos. Su tono era algo que nunca había escuchado antes, a la vez súplica y mandato. Sentí algo muy extraño. Sentí ganas de obedecer, pero algo en mi interior se opuso con mucha firmeza. Para ser exactos: no debía obedecer por nada del mundo. Sacudí la cabeza para sacar al Ubu de ella. Esta vez no me costó nada cerrarle la puerta. Había dominado su poder sobre mí.

Alcé la mirada de nuevo para ver cómo los ojos de los mercenarios se ponían vidriosos y gestos de deseo aparecían en sus rostros.

Aquello se iba a poner muy feo de un momento a otro.

—¡Dámelo! —rugió el hombre con el dedo en el gatillo—. Lánzalo hacia mí. ¡AHORA MISMO!

—¿Qué harás cuando lo tengas? ¿Liberarlo? —Di otro paso hacia el jefe y después me dirigí a todos los demás—. Sabéis que el espíritu os está mintiendo, ¿no?

—Cállate y obedece, mocosa. —Había amenaza en su voz. No obstante, pude ver la duda en los ojos de algunos de los hombres y mujeres que lo acompañaban.

Bien, eso nos beneficiaba.

Era ahora o nunca.

—Ahí va —dije.

Lancé el cartucho un poco por encima del mercenario, que lo siguió con la mirada durante toda la trayectoria, sólo para ver cómo un chimpancé lo atrapaba todavía en el aire y huía adentrándose en la jungla.

El hombre se giró hacia el lugar por el que el chimpancé escapaba, alzó la pistola, apuntó y disparó.

El eco de aquel disparo resonó por todos los rincones de la selva.

Contuve la respiración durante unos instantes.

Al estampido le siguió un coro de gritos y rugidos cuando Gu dio la orden a los hombres leopardo de atacar e Izara hizo lo mismo con los *mokomboso*.

De entre las ramas, descendieron brazos peludos que arrebataron las armas a los mercenarios a la vez que feroces leopardos atrapaban entre sus garras a los que intentaban huir.

Yo buscaba con la mirada al chimpancé, estaba segura de que el mercenario lo había matado. Necesitaba encontrarlo para hacerme con el cartucho. Comencé a avanzar esquivando a los que luchaban. Todo lo que quería era recuperar el espíritu Ubu antes de que ninguno de los mercenarios se hiciese con él. Entre aquel jaleo, el simio asomó la cabeza por detrás de un tronco y emitió unos gritos divertidos, casi como una risa para, a continuación, proseguir con su escapada entre los árboles. Respiré aliviada, no estaba herido. Supe que podía confiar en aquel *mokomboso*, al fin y al cabo, había nacido para vigilar al Ubu y prefería que el cartucho estuviese lo más lejos posible de la zona.

El jefe de los mercenarios intentó disparar de nuevo la pistola, pero corrí en su dirección. En el último momento, salté en vertical, me impulsé con una rama y le estampé las botas en la mano que portaba el arma. El impacto fue tal que la pistola voló varios metros hasta ir a parar a un arbusto. A continuación, me arrojé sobre el hombre y lo derribé. Tenía que impedir que escapase y persiguiese al chimpancé.

El tipo se puso en pie con un salto demasiado ágil para mi gusto y sacó un cuchillo de una funda que llevaba en la pierna.

—Oh, oh —dije mientras retrocedía despacio, alejándome del filo.

Podía leer la locura y la ira en su mirada, tenía que alejarme de él. Continué retrocediendo de espaldas hasta que tuve la mala suerte de tropezar y caer de culo en el suelo. El hombre continuó acercándose. Apenas un par de metros lo separaban de mí, pero ya alzaba su cuchillo. Necesitaba ponerme en pie, pero si lo hacía se me echaría encima... Y, si no lo hacía, también.

En ese momento, un gorila salió de entre la vegetación y saltó a la espalda del mercenario derribándolo. Tres hombres leopardo se aproximaron con las lanzas listas para disparar sus rayos, lo inmovilizaron y lo dejaron atado a un árbol.

El gorila se acercó a mí y me tendió una mano, la cogí y me ayudó a levantarme. Se señaló el cuello y después la oreja. Entendí a la primera lo que me estaba diciendo. Apreté el botón del puño del mono y giré la rueda hasta el idioma de los *mokomboso*.

—Gracias —dije. Entonces reconocí a Izara—. ¡Eres Izara!

Ella habló y tuve que esperar a que el traductor hiciese su trabajo.

—Eric nos avisó... No te preocupes, está bien. Lo he mandado a la aldea de los hombres leopardo... Aunque me ha costado convencerlo. Quería estar aquí cuando salieses... Pero era demasiado peligroso.

—¿Ese chimpancé era un *mokomboso*? —pregunté, más que nada para asegurarme.



—Sí, no te preocupes. Ha llevado el cartucho a la aldea de los hombres leopardo.

Poco a poco, los sonidos de la batalla fueron cesando a nuestro alrededor.

Habíamos vencido a los mercenarios.

Gu se acercó a nosotras.

—Gracias, Izara —dijo con una sonrisa—. Sin vosotros, nunca lo hubiésemos logrado.

La gorila inclinó la cabeza y en sus labios creí ver una sonrisa.

—¿Qué vais a hacer con los prisioneros? —quiso saber la *mokomboso*.

Gu suspiró y miró a todos aquellos hombres y mujeres durante unos segundos.

—Borraremos sus memorias y los dejaremos en la linde de la selva. Alguien los encontrará y los devolverán a sus hogares.

—No será necesario eso... Lo de la linde, me refiero. Lo del borrado de memoria no me parece mal —dijo una voz a nuestra espalda que reconocí enseguida.

—¡Tía Paula! —corrí a abrazarla. A su lado apareció lord Thomsing y también lo abracé—. ¿Qué hacéis aquí?

—Yo he venido a ver a mis amigos —sonrió lord Thomsing acercándose a Gu para terminar fundiéndose en un abrazo con la anciana—. Mi queridísima Gu, ¡cuántas ganas tenía de volver a verte!

—Nunca vienes a visitarnos —protestó la mujer con una sonrisa—. Debería darte una patada en ese culo viejo y huesudo que tienes.

Mi tía y yo los miramos y sonreímos. Después, ella centró de nuevo toda su atención en mí.

—Eric nos llamó y nos contó lo que os había sucedido... Benson se ha quedado en la aldea y ahora está con Eric —explicó mi tía—. Hemos pensado que necesitaríais un transporte de regreso a casa —sonrió—. Y todos estos mercenarios, también.

Por detrás de mi tía, apareció alguien a quien no esperaba ver: Irma Dagon.

—¿Cómo estás, Amanda? —dijo acercándose a mí con aquella economía de movimientos que la caracterizaba. Se dio cuenta de que mi gesto se había endurecido nada más verla—. No, no, no... Antes de que te enfades, quiero que sepas que no tengo nada que ver con todo esto.

—Son tus hombres —gruñí.

—No les ordené nada de esto, te lo aseguro. Necesito hablar con... —Miró alrededor hasta que dio con el mercenario que, de no ser por Izara, me habría matado. Se acercó a él y puso los brazos en jarras—. Aquí estás. ¿Se puede saber qué pretendías con todo esto?



El hombre pareció avergonzado.

—Lo siento, señora. Pensé que el Ubu podría serle de utilidad — dijo él sin mirarla a la cara. A mí sus palabras me sonaron falsas.

—¿De utilidad para qué? ¿Para acabar con el mundo?

—Ese espíritu puede darle todo aquello que desee...

—Basta —lo interrumpió Irma—. Has utilizado mis recursos — enfatizó mucho el «mis»— en una misión que yo no te he encomendado... Dudo que lo hayas hecho para complacerme a mí. Sospecho que pretendías hacerte con ese espíritu y utilizarlo para tus propios fines... Y ni siquiera sabes de lo que es capaz... Además,

¿pensabas que no me enteraría? Siempre sé lo que sucede en mi compañía. —Afiló la mirada y la clavó en el mercenario—. Siempre.

Por la cara que puso el hombre, supe que Irma había acertado. Aquel mercenario había averiguado de algún modo lo que podía hacer el Ubu y había aprovechado su oportunidad de hacerse rico. Se había propuesto hacerse con el espíritu para conseguir poder y dinero... Lo único que pasaba era que, en realidad, todo lo que él creía saber era mentira. El Ubu lo habría traicionado y lo habría destruido y, de paso, también habría acabado con el resto del mundo. Así de simple.

—Señora..., yo... No volverá a ocurrir.

—Por supuesto que no —zanjó Irma con voz amenazante.

Entre los miembros de la tribu de los hombres leopardo y los de los *mokomboso*, llevaron a todos los prisioneros a la aldea de los primeros, la mejor preparada para hacer frente a lo que tendrían que hacer: borrarle la memoria a aquel pequeño ejército de hombres de Dagon... O, mejor dicho, de exhombres de Dagon, porque Irma no había dudado ni un segundo y los había despedido a todos.

18

Gu, Izara, la tía Paula, lord Thomsing, Irma y yo caminamos por la selva mientras las ponía al corriente de todo lo que había sucedido en el interior del templo: de todas las trampas, lo que había sentido al dar con el espíritu Ubu y cómo había conseguido salir de allí. Cuando acabé la narración, Irma se disculpó conmigo de nuevo y me aseguró que no permitiría que algo así volviese a suceder jamás, reforzaría las medidas de seguridad para que nadie de su equipo pudiese utilizar sus recursos a su espalda. También le dio las gracias a la tía Paula, quien le había dado un voto de confianza y había hablado con ella antes de dar por hecho que era culpable de querer hacerse con aquel terrible espíritu.

Y ése fue mi turno de disculparme, porque yo sí la había juzgado y declarado culpable sin siquiera preguntarle.

—No te preocupes —dijo ella—. Supongo que es normal. Tú y yo no comenzamos con buen pie.

Asentí en silencio sin saber muy bien qué decir.

Menos mal que, justo entonces, llegamos a la aldea.

Gu nos guio hasta la cabaña en la que estaba el centro de control y nos invitó a entrar. Yo decliné la oferta: que se ocupasen ellos de las decisiones que quedaban por tomar. Yo estaba deseando ver a Eric y a Benson... Se me había ocurrido algo que necesitaba hablar con el mayordomo.

Los encontré a ambos dando un paseo por los alrededores de la aldea.

—¡Eric! ¡Benson! —los llamé para, a continuación, correr a abrazarlos—. ¡Lo conseguiste! —grité en la cara de mi amigo—. ¡Conseguiste convencerlos!

—¡Qué fuerte! ¿Es que lo dudabas? —replicó él—. En realidad, el mérito es tuyo. Le di el comunicador a Gu, como me pediste y, a partir de ahí, fue pan comido convencerlas. Una vez que pudieron entenderse entre ambas tribus, fue sencillo.

—¡Lo sabía! —exclamé girándome hacia Benson—. Y por eso quiero pedirte algo...

—Sí, querida Amanda, he traído suficientes para todos —dijo el mayordomo.

—¿Cómo lo sabías? —pregunté. Los ojos se me abrieron hasta quedar del tamaño de pelotas de tenis de lo sorprendida que estaba—. Si ni siquiera se lo había dicho a Eric...

—Pero ¿de qué habláis? —Eric nos miraba a uno y a otro sin tener ni idea sobre a qué nos referíamos—. Es que no me entero de nada.

—La señorita Amanda...

—No me llames señorita —refunfuñé interrumpiéndolo.

—Está bien... Amanda quiere proporcionar traductores a todos los miembros de ambas tribus para que en el futuro puedan comunicarse...

—¿Y tú has traído para todos? —quiso saber Eric poniendo los ojos del mismo tamaño que los míos—. Pero ¿cómo lo has sabido?

Benson alzó una ceja, sonrió y se alejó de nosotros sin decir nada más.

Yo sabía que no íbamos a sacar nada más de él, así que lo seguimos entre risas.

Todos los mercenarios que habían participado en aquella misión fueron sometidos a un borrado de memoria. Uno de ellos confesó que habían oído hablar del templo y del espíritu Ubu por primera vez hacía unos quince días, así que ése fue el plazo de tiempo que se les borró. De cualquier manera, aunque consiguiesen recordarlo, de nada les serviría volver a la selva del Congo, ya que el Ubu estaría a buen recaudo en la Galería de los Secretos de la Mansión Black.

Irma se encargaría de llevarlos de vuelta a nuestra ciudad y dejarlos en sus casas, donde recibirían de nuevo la noticia de que habían sido despedidos, ya que, tras el borrado, no iban a recordar nada.

Irma no quería en su equipo a nadie que actuase a sus espaldas.

Aquella noche, ambas tribus, la tía Paula, lord Thomsing, Benson, Irma Dagon, Eric y yo cenamos en la aldea de los *mokomboso*, bajo la luz de la luna y las estrellas. Todos ayudamos a preparar aquella cena y todos la disfrutamos hasta altas horas de la madrugada.

Benson entregó a Gu y a Izara los traductores que había llevado e instaló en cada una de las aldeas un taller totalmente equipado donde podrían hacer más en caso de necesitarlos. También les instaló a los *mokomboso* un equipo de comunicaciones con el que poder ponerse en contacto con nosotros cuando quisieran... y mejoró el de los hombres leopardo.

Al día siguiente, llegó el momento de regresar a casa. Nos despedimos de los hombres leopardo y de los *mokomboso*, que habían decidido comenzar a colaborar más a menudo, siendo la primera colaboración llevar entre todos a los mercenarios, todavía inconscientes tras el borrado de memoria, hasta el avión de Irma Dagon para que pudiesen regresar a casa.

Poco después, despegábamos.

Jamás olvidaría a aquellas dos tribus tan interesantes, antiguas y valientes.

Mirando por la ventanilla al océano verde en el que ambas habitaban, me prometí que no permitiría que se extinguiesen. No mientras los Black pudiésemos evitarlo. Y me daba igual cuánto me costase.

Benson pareció leerme el pensamiento, se giró en su asiento para mirarme, asintió y una media sonrisa se extendió por su rostro. Señaló mi mochila, en cuyo interior se encontraba de nuevo el cartucho que contenía al espíritu. Viajando al lugar donde permanecería cautivo hasta el fin de los días.

Enseguida entendí lo que quería decirme.

Tal vez, encargándonos nosotros del Ubu, los *mokomboso* y los hombres leopardo tuviesen la oportunidad de salir adelante.

Tal vez liberándolos de la cárcel que era su vida, reducida a vigilar el templo en el que estaba preso el espíritu, ya habíamos dado un primer paso para evitar su extinción.

**¡No te pierdas la emocionante nueva aventura
de Amanda Black!**

**Continúan las aventuras de la heroína juvenil
de Juan Gómez-Jurado y Bárbara Montes que
han enganchado a más de 600.000 lectores**



«SU FINAL ES TU PRINCIPIO».

Tengo que encontrar a Eric, necesito saber qué ha sido de él. No puedo dejarlo aquí. De todos modos, todavía tengo esperanzas de que esté vivo...

Ya nos imaginábamos que la misión sería peligrosa cuando Lord Thomsing nos avisó de que los hombres de Irma Dagon estaban en movimiento y acercándose a un peligrosísimo espíritu, escondido en medio de la jungla y protegido por dos tribus ancestrales muy poderosas. Sin embargo, fue la advertencia de Benson, que tenía un mal presentimiento si nos separábamos, la que más nos preocupó a

mi mejor amigo y a mí. Y con buena razón. En aquellos instantes, todavía no sabíamos que ninguno de nuestros planes iba a salir bien.

Bárbara Montes, es licenciada en Psicología y diplomada en Turismo. Trabajó como responsable de marketing y comunicación hasta que decidió dar el salto a la psicología, especializándose en niños y adolescentes. Ha publicado cuatro novelas infantiles (serie Rexcataadores, B de Block) y *Julia está bien* es su primera novela dirigida a un público adulto. En la actualidad vive en Madrid.

Juan Gómez-Jurado (Madrid, 1977) es periodista y autor de varias novelas de gran éxito, traducidas a cuarenta lenguas. Las obras sobre el Universo Reina Roja (*El paciente, Cicatriz, Reina Roja, Loba Negra, Rey Blanco, Todo arde, Todo vuelve y Todo muere*, todas ellas publicadas en Ediciones B) se han convertido en el mayor fenómeno de ventas español de los últimos años y han consagrado a su autor como uno de los máximos exponentes del género a nivel internacional. Prime está adaptando la serie *Reina Roja* en uno de los proyectos audiovisuales más esperados en todo el mundo.

Actualmente colabora con varios medios y es cocreador de los podcast *Todopoderosos* y *Aquí hay dragones*.



Edición en formato digital: octubre de 2024

© 2024, Bárbara Montes y Juan Gómez-Jurado
© 2024, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
© 2023, David G. Forés, por las ilustraciones

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial / Silvia Blanco
Ilustración de portada: © David G. Forés

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. De conformidad con lo dispuesto en el art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021, de 2 de noviembre, nos reservamos expresamente la reproducción y el uso de esta obra y de todos sus elementos mediante medios de lectura mecánica y otros medios adecuados a tal fin. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-10269-24-8

Composición digital: M.I. Maquetación, S.L.

Facebook: PenguinEbooks
Facebook: penguinkidsES
X: @penguinkidsES
Instagram: @penguinkidsES
Youtube: penguinlibros
Spotify: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En penguinlibros.club encontrarás las mejores
recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.



penguinlibros.club



Penguin
Random House
Grupo Editorial

   [penguinlibros](https://penguinlibros.club)

Índice

El templo olvidado

Personajes y lugares

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Sobre este libro](#)

[Sobre Bárbara Montes y Juan Gómez-Jurado](#)

[Créditos](#)